

Boletín oficial del



Arzobispado de Burgos

Arzobispado de Burgos



Tomo 156 – Núm. 5
Mayo 2014

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Dirección y Administración
RESIDENCIA ARZOBISPAL

El Arzobispo

Homilía



I

DOMINGO DE RAMOS

(Catedral, 13-4-2014)

Acabamos de escuchar el impresionante relato de la Pasión del Señor según san Mateo. Y, ante él, surgen muchos y diversos porqués. ¿Por qué la muchedumbre que hoy le ha aclamado como el Hijo de David y el Mesías esperado, el próximo viernes gritará “crucifícale, crucifícale”? ¿Por qué Pedro, que ha protestado que daría la vida por él aunque todos le abandonasen, al cabo de unas horas reniega de él y dice que no le conoce? ¿Por qué fue uno de los discípulos –Judas– y no un adversario el que le entregó a sus enemigos? ¿Por qué sus apóstoles le dejaron solo cuando más

les necesitaba? ¿Por qué Pilatos, viendo que era inocente y que le habían entregado por odio, no le deja en libertad sino que le condena a muerte de cruz? ¿Por qué los jefes del pueblo acumularon tanto odio a Cristo que no dejaron hasta que le vieron muerto? ¿Por qué las mujeres fueron las únicas que le acompañaron con su amor compasivo en el camino hacia el Calvario y al pie de la Cruz? ¿Por qué es un ladrón es el primer santo que entra en el Paraíso? ¿Por qué fue un pagano –el Centurión– el que le confesó como “Hijo de Dios” viendo cómo moría?

Cada uno de estos porqués tiene su respuesta en el texto que hemos proclamado. Pero podríamos contestarlos todos y no llegar hasta el fondo, hasta el verdadero porqué de todo lo que ocurrió en la Pasión. El verdadero porqué no es la maldad humana en todas sus formas, ni la flaqueza de los hombres, ni las circunstancias que se acumulan y causan este terrible drama. Ni siquiera el odio de sus enemigos.

La verdadera respuesta, el último porqué de toda la Pasión lo encontramos en estas palabras de san Juan: “Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Único Hijo”. O en estas otras, más personalizadas, de san Pablo: “Me amó y se entregó a la muerte por mí”. El amor de Dios a los hombres, a todos y a cada uno de nosotros: ¡¡esta es la razón última que explica la Pasión de Jesucristo!! El amor de Dios, que supuso al Padre entregar lo que él más quería: su Hijo; algo que no hace ningún padre de este mundo. El amor de Dios, que llevó al Hijo a aceptar con obediencia amorosa esta voluntad del Padre y entregarse voluntariamente a la muerte. El amor de Dios, que hizo que la donación del Espíritu Santo fuera fruto y consecuencia de la Cruz.

Queridos hermanos: cada uno de nosotros puede decir con toda verdad: Dios me ama. Más aún, Dios me ama más que nadie, Dios me ama como nadie me ha amado. Sea como sea, tenga los pecados que tenga, Dios me ama. Por desastrosa que pueda ser la vida de un hombre, por enormes que sean sus miserias y pecados, es infinitamente mayor el amor que Dios siente por él. Nadie tiene derecho a desesperar.

Enorme fue el pecado de los dirigentes del pueblo. Pero Jesús pidió a su Padre que no se lo tomara en cuenta, diciendo: “Perdónales, que no saben lo que hacen”. Grandísimo fue el pecado de Pedro, que renegó de Él por tres veces. Pero Jesús no le retiró su confianza y le puso al frente de su Iglesia. Inconmensurable fue el pecado de Judas, pero Jesús le ofreció su perdón, llamándole “amigo”.

Hoy ha comenzado la Semana Santa. Hemos asistido a la entrada de Cristo en Jerusalén entre gritos de gloria por parte de la gente. Él oía detrás de esos gritos el contrapuesto del “crucifícale, crucifícale”. Sabía que su en-

trada en la Ciudad Santa era para entregar su vida por nosotros. Acojamos ese amor y acojamos su perdón. Él espera que estos días no se queden en sentimiento superficial sino que nos abramos a su amor y a su perdón.

La eucaristía nos sitúa ante este inefable misterio de amor y de perdón, pues en ella hacemos presente –de modo sacramental– el sacrificio de la Cruz. Que la Sangre de Jesucristo caiga sobre nosotros como sangre de redención y de conversión.

* * *

II

MISA CRISMAL

(Catedral, 16-4-2014)

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, la libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor”. Estas palabras podemos aplicarlas a cada uno de nosotros, porque la imposición de manos nos trasmite una participación ontológica del sacerdocio de Cristo y nos hace ministros suyos. Nosotros podemos decir con toda verdad, que Cristo nos ha consagrado ministros suyos para enviarnos a anunciar la salvación a los pobres y la libertad a los cautivos. El Papa Francisco, en su mensaje de Cuaresma para este año, nos ha interpretado quiénes son esos pobres. Son los pobres materiales, los pobres morales y los pobres espirituales. Con harta frecuencia, estas tres pobreza van unidas, especialmente la pobreza moral y la pobreza espiritual. Todas ellas son importantes y todas reclaman nuestra atención de pastores.

Sin embargo, hoy quiero fijarme en los pobres espirituales. Porque son –según el Papa– los más pobres y porque son los más numerosos. Son esas personas que están alejados de Dios, bien porque no tienen fe, o porque la han perdido o porque viven como si no la tuviesen. Anunciar la salvación a estos pobres espirituales es llamarles a la conversión y ejercer con ellos el ministerio de la misericordia.

Al principio de Cuaresma de este año, el Papa Francisco se reunió con sus párrocos de Roma. En una charla sencilla y fraterna les habló de la im-

portancia y necesidad de este ministerio, y del modo de ejercerlo. Glosando la importancia que tiene hoy este sacramento de la misericordia, decía el Papa: hemos de “escuchar la voz del Espíritu que habla a toda la Iglesia en este tiempo nuestro, que es precisamente tiempo de misericordia. De ello estoy seguro. No es sólo la Cuaresma; nosotros estamos viviendo en tiempo de misericordia, desde hace treinta años o más, hasta ahora”. En este tiempo de misericordia, la Iglesia tiene que ser un gran hospital de campaña.

Es verdad. Hay muchas almas que están heridas de gravedad. Más aún, son incontables las que están heridas de muerte. Pensemos, por ejemplo, en nuestras parroquias, desde la perspectiva de unas palabras que decía el Papa a mediados de febrero, en una de las audiencias del miércoles: “¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas? ¿Dos semanas, dos meses, dos años, veinte años, cuarenta años?” ¿Cuántos feligreses nuestros hace dos, veinte, treinta años que no se confiesan? Queridos sacerdotes: nos tiene que doler el alma y salir a su encuentro y decirles que Dios les está esperando para darles el abrazo de la reconciliación y devolverles la paz y la alegría de vivir. Muchas de esas personas no son malas, pero están heridas y necesitan una caricia.

Los buenos sacerdotes se conmueven ante esas ovejas, como se conmovía Jesús al ver la gente cansada y extenuada, como ovejas que no tienen pastor. Toda persona que esté herida en su vida –del modo que sea– tiene que encontrar en nosotros alguien que le atiende, que le escucha, que está a su lado. Esto es tener entrañas de misericordia.

Pero estas entrañas se manifiestan, sobre todo, en el sacramento de la Penitencia. Ahí lo demuestra el confesor con toda su actitud: en el modo de acoger, de escuchar, de aconsejar, de absolver. La administración constante y esmerada del sacramento de la Penitencia es la mejor universidad para obtener el título de doctor en misericordia. Un sacerdote remiso o descuidado en atender a los fieles en este sacramento es muy difícil que tenga verdaderas entrañas de misericordia. Y, al contrario, un sacerdote que acoge a los pecadores en el sacramento con las entrañas de Jesucristo, tiene recorrido un largo trecho en el camino de la caridad pastoral de la misericordia.

Ahora bien, el Papa Francisco hacía a sus párrocos esta importante precisión. Saber acoger a los pecadores como Jesucristo, “deriva del modo con el cual él mismo vive el sacramento en primera persona, del modo como se deja abrazar por Dios Padre en la Confesión, y permanece dentro de este abrazo. Si uno vive esto dentro de sí, en su corazón, puede también donarlo a los demás en el ministerio”. Y añadía: “Os dejo una pregunta: ¿Cómo me confieso? ¿Me dejo abrazar” por Jesucristo? Yo os dejo también la misma pregunta. El Papa se confiesa cada quince días con un franciscano, según

él mismo ha manifestado en una entrevista. Es un buen punto de referencia: confesarse, al menos, cada quince días.

Sin embargo, aunque el sacramento de la Penitencia sea el ámbito por antonomasia para ejercer la misericordia sacerdotal, hay también otro ámbito: es al ámbito del sufrimiento pastoral. ¿Qué es el sufrimiento pastoral? No es un simple sufrimiento. Es sufrir por y con las personas como sufren un padre y una madre por los hijos. Ese sufrimiento –lo sabemos todos muy bien– lleva a los padres a llorar, a veces, por sus hijos.

Permitidme que me haga y que os haga las preguntas que el Papa hacía a sus párrocos: “¿Tú lloras? ¿Cuántos de nosotros lloramos ante el sufrimiento de un niño, ante la destrucción de una familia, ante tanta gente que no encuentra el camino? El llanto del sacerdote... ¿Tú lloras? ¿O en este presbiterio hemos perdido las lágrimas? ¿Lloras por tu pueblo? Dime, ¿tú haces la oración de intercesión ante el sagrario? ¿Tú luchas con el Señor por tu pueblo, como luchó Abrahán?” Y concluía el Papa: “Nosotros hablamos de parresia, de valor apostólico, y pensamos en los proyectos pastorales. Esto está bien, pero la misma parresia es necesaria también en la oración”.

Queridos sacerdotes: demos gracias a Jesucristo por el don inmenso de nuestro sacerdocio. Renovemos la alegría de haber sido llamados a un ministerio tan maravilloso. Hagamos el firme propósito de confesarnos con frecuencia y dedicar un tiempo muy generoso a ejercer el ministerio de la misericordia en el sacramento de la Penitencia.

Que la Santísima Virgen nos alcance la gracia de ser pastores según el modelo de su Hijo, el Supremo y Verdadero Pastor.



III

JUEVES SANTO

(Catedral, 17-4-2014)

1. Con esta Misa Vespertina en la Cena del Señor damos comienzo a las celebraciones más importantes de todo el año litúrgico y también de

nuestra fe: el “Triduo Pascual” o “Triduo Sacro”. Como indica su nombre, dura tres días: desde hoy hasta la Vigilia Pascual. En estas celebraciones reviviremos la Pascua del Señor, su “paso” de la muerte a la VIDA.

2. Todos los discípulos se reunieron aquella noche para celebrar la Pascua; quizás para celebrar la última Cena de despedida en un marco pascual. Buscaron una casa dentro del perímetro de la ciudad y allí prepararon la cena. Sin embargo, aquella noche Jesús no hizo lo de siempre. En aquel lugar, en el Cenáculo, iba a nacer nuestro “santo y seña”, nuestra identidad más profunda: “amaos unos a otros como yo os he amado... Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos”. Jesús se levanta de la mesa, coge una toalla y se pone a lavar los pies de sus discípulos. Él, el Maestro y el Señor, se hace servidor.

Pedro se resiste porque ve en ello un gesto de sumisión y servilismo. Pero Jesús le dice que para ser “de los suyos” hay que empezar por servir y lavar los pies a los demás. Después del gesto viene la explicación: “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?... Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”. ¡No puede haber una explicación más clara y contundente!

3. Jesús vivió toda su vida de esta manera. El lavatorio nos da la clave para entender cómo tiene que ser nuestra vida cristiana. La Eucaristía es la entrega de Jesús por amor a toda la humanidad. Por eso, nosotros no la podemos reducir a unos simples ritos que sean ajenos a nuestra vida de cada día. Seguir a Jesús es hacer lo mismo que Él hizo. “¿Lo comprendéis? Pues haced vosotros lo mismo”. Nos lo dice Jesús.

4. Por eso, esta tarde, este día de la Última Cena, de la primera Eucaristía, es el Día del Amor Fraternal. Y es un día profundamente eclesial. Somos los discípulos reunidos con el Maestro que vamos a revivir el signo del lavatorio de los pies. Pero también Jesús hoy, aquí, como aquel día, nos da el pan y el vino y nos dice: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía... este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que bebáis, en memoria mía”. Así nos lo ha contado y transmitido Pablo, tal y como se lo contó y transmitió a la Comunidad de Corinto a los treinta y cinco años del acontecimiento, tal y como a él se lo habían contado en la comunidad de Antioquía –donde recibió el Bautismo–, tal y como lo ha hecho la Iglesia a lo largo de veinte siglos.

5. Ahora nos toca a nosotros vivirlo. Ahora nos toca a nosotros hacernos pan partido y sangre derramada por amor a Dios y a los hermanos. Ahora hemos de decir a quienes viven junto a nosotros y a quienes encontramos en el camino de la vida: “Tomad, comed, esto es mi Cuerpo”, es decir, to-

mad mi tiempo, mis cualidades, mi atención. Tomad también mi Sangre, es decir, mis sufrimientos, todo lo que me humilla, me mortifica, limita mis fuerzas, incluso mi propia muerte física.

Venir a la Eucaristía no puede ser un trámite o una imposición o una mera obligación. Es una necesidad, para encontrarnos con Él, para escucharle y para comulgarle, y para encontrarnos con los hermanos y oír el mandato de Jesús: “amaos unos a otros como yo os he amado”. Venir a la Eucaristía es reconocer que Dios está entre nosotros, en el rostro de los hermanos necesitados, entre los más pobres, igual que cuando vino a este mundo. Venir a la Eucaristía es dar gracias por todo lo recibido, por un hombre que ha dado su vida por nosotros. Venir a la Eucaristía es sentirnos discípulos en el Cenáculo a los que el Señor nos lava los pies y nos explica personalmente, a cada uno, que quedan muchos pies por lavar, que hay que “remangarse” y ponerse a servir, que en cada persona necesitada está Él: “tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, fui forastero y me recibisteis, anduve sin ropa y me vestisteis, caí enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y vinisteis a verme... Os aseguro que todo lo que hicisteis por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicisteis”. Otra explicación de Jesús clara y concisa.

6. Queridos hermanos: Jesús nos dirige hoy esta pregunta: “¿Comprendéis lo que he hecho?”. Es el momento de cambiar aquello que no estemos haciendo bien, tanto en lo que se refiere a nuestra participación y vivencia de la Eucaristía, como en el servicio a los hermanos más necesitados. “Os he dado ejemplo”, nos dice Jesús. Tomaremos su ejemplo, a partir de hoy, si es que no lo estamos haciendo ya. A partir de hoy lo haremos mejor, viviremos con más intensidad nuestro encuentro con Él y con los hermanos. Nos tomaremos más en serio el mandamiento del amor. No consentiremos que nadie pase necesidad si está en nuestras manos remediarlo. Así lo haremos, desde hoy y para siempre. Esta será nuestra Pascua, la de Jesús, la del Amor que se entrega por los demás.

7. En este momento del lavatorio, que vamos a hacer a continuación, se nos invita a sentir el paso de Dios por nuestra vida, por nuestro corazón, como la noche de la última Cena. Siente como te llama y te invita a remangarte las manos, a ceñirte la toalla del amor y del servicio y ser “lavador de pies”. Pero antes, déjate lavar por él. No seas reacio, si quieres ser de los suyos y vivir el amor hasta sus últimas consecuencias, déjate lavar. Dile como Pedro: “Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza”.

Hoy Dios toca tu corazón y te dice: “¿Comprendes lo que he hecho? Haz tu lo mismo”. Que a través de ti, de tu amor y de tu servicio, los más pobres –del cuerpo y del alma– sientan el amor y la cercanía de Dios.

IV

VIERNES SANTO

(Catedral, 18-4-2014)

Acabamos de escuchar la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según san Juan. Si la comparamos con la que leímos el pasado Domingo de Ramos, notaremos de inmediato que hay una notable diferencia. San Mateo, en efecto, ponía el acento en el dolor de Jesús. San Juan, sin ocultarlo, prefiere subrayar el señorío y la realeza de Cristo. Quien muere en la Cruz no es un derrotado y un vencido por sus enemigos. Es un triunfador. La carta a los Hebreos subraya lo mismo: “Vemos a Jesús coronado de gloria y honor por su Pasión y Muerte”.

Nosotros no lo entendemos. No nos cabe en la cabeza que un crucificado pueda ser considerado un vencedor. Ello se debe a que asociamos el triunfo y la gloria con tener éxito, dinero, poder, fama, aceptación popular. De ahí que pensemos que el dolor y el sufrimiento sean incompatibles con la gloria y el honor.

Dios tiene otros esquemas. Triunfa en la humillación, es grande haciéndose pequeño, reina mientras sirve. Toda la historia de la salvación lo confirma. Baste pensar que, mientras los judíos esperaban un mesías dominador y poderoso, los profetas anuncian que el Mesías enviado por Dios será manso y humilde, condenado a pesar de ser inocente, llevado al matadero como un cordero, sacrificado sin oponer violencia.

Jesucristo lleva a cabo esta profecía. Él triunfa en una cruz, Él vence cuando es humillado hasta el límite. ¿Cómo esto es posible? ¿No será un absurdo piadoso, que no resiste la menor crítica? No. No es un absurdo ni una quimera. Jesucristo triunfa en la Cruz, porque es en ese trono donde “nos ha comprado con su sangre”. Más aún, donde ha comprado con su Sangre a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los lugares; o, como dice san Pablo, “de toda raza, lengua, pueblo y nación”. Ha conquistado incluso la creación, porque le ha devuelto la originaria bondad y belleza que le había arrebatado el pecado de nuestros primeros padres.

Ya lo había anunciado Él cuando predicaba por los caminos de Palestina. Entonces había dicho: “Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré todos hacia Mí”. Y en otra ocasión había precisado: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da fruto abundante”. Él, clavado por amor en la Cruz, es el grano de trigo triturado y molido

en el surco del dolor voluntario. Por eso, da mucho fruto: el fruto de la salvación eterna de todos los hombres y mujeres del mundo. Allí se cumple lo que había anunciado su Precursor, el Bautista: “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Este es el Cordero que sustituye a todos los corderos pascuales y se convierte en el Verdadero Cordero Pascual. Pues su Sangre, al entrar en contacto con toda la suciedad del mundo, en lugar de contaminarse y hacerse ella misma impura, destruye y purifica la suciedad de todos los pecados del mundo.

Queridos hermanos: la palabra de Jesús se cumple también en nosotros, sus discípulos. Mejor dicho, debe cumplirse; pues tantas veces no seguimos esa lógica divina y rehuimos la cruz y el sacrificio. Hoy hemos de tomar más conciencia de que si queremos dar fruto, dejar poso en la vida, no ser estériles, no hay otro camino que el que pasa por la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Una cruz que se concreta en el trabajo, realizando con perfección humana y cristiana la tarea profesional que desempeñamos; en la familia, transmitiendo con generosidad la vida, superando todos los egoísmos que nos atan a una vida cómoda pero que nos dejan insatisfechos; en la cruz de la educación de los hijos, dedicándoles tiempo y esfuerzo; en la cruz del servicio de quienes estamos constituidos en autoridad, sirviendo con empeño y buena cara a quienes están bajo nuestra autoridad; en el apostolado, venciendo la vergüenza del hablar de Dios en los ambientes indiferentes y hostiles, o dedicando parte de nuestro tiempo a enseñar catequesis, a ser voluntario de Cáritas, a organizar tareas en favor de quienes viven en nuestro barrio; en la atención a los necesitados materiales y espirituales; en el afán de mantener y crear puestos de trabajo.

Hermanos, vivimos en un mundo que sigue apostando por el poder, el dinero y la prepotencia; y piensa que así hará progresar al hombre y a la sociedad. Cristo, desde la Cruz, nos dice que esa lógica lleva a la infecundidad, a la infelicidad y a la explotación del débil por el fuerte y del pobre por el poderoso. Para reinar hay que servir; para dar vida hay que morir; para producir frutos verdaderos y abundantes hay que enterrarse en el surco de la renuncia, del sacrificio y, en definitiva, de la Cruz.

María, al pie de la Cruz, es la primera discípula de la lógica que instaure su Hijo muriendo por los hombres. Ella, que fue la única que estuvo en pie mientras ese Hijo entregaba su vida por amor, recogió en herencia la cosecha que Él había ganado con su entrega y se convirtió en Madre de todos nosotros.



V

VIGILIA PASCUAL

(Catedral, 19-4-2014)

Hace ahora cuarenta días –el primer domingo de Cuaresma–, este grupo de catecúmenos vino a esta misma capilla de la catedral a pedir oficialmente el bautismo, la confirmación y la primera comunión. Yo, como Pastor de la diócesis y en nombre de la Iglesia, accedí gustosísimo a la petición y les dije que les administraría esos sacramentos la próxima Vigilia Pascual.

Pues bien, ese momento ha llegado, porque ahora estamos celebrando la Vigilia Pascual. Dentro de unos minutos, yo tendré la inmensa alegría de haceros cristianos y vosotros tendréis el gozo inmenso de ser y sentir os hijos de Dios. Gracias al Bautismo morirá en vosotros ese hombre y esa mujer que san Pablo llama “viejo”. Porque es el resultado del pecado original que contraemos al ser engendrados y de los pecados que habéis cometido desde que tenéis uso de razón: orgullo, egoísmo, vanidad, pereza, lujuria, mentiras, malos pensamientos y deseos, malas acciones, etc. Las aguas del Bautismo serán como las aguas del diluvio: destruirán ese “hombre viejo”.

Pero no sólo tendrán ese efecto negativo. Al contrario, crearán en vosotros lo que san Pablo llamaba el “hombre nuevo”. Es decir, un hombre y una mujer adornados con la gracia santificante, con las virtudes de la fe, esperanza y caridad, con la filiación divina, con los dones del Espíritu Santo, en una palabra: convertidos en otros cristos. Eso es lo que simboliza el vestido blanco que os entregaré después del Bautismo. Cuando salgáis de esta celebración, habréis nacido de nuevo, no a la vida natural sino a la vida de Dios. Por eso, saldréis convertidos en hijos de Dios. Vuestra alma se parecerá a un hierro encendido, incandescente, que, sin dejar de ser hierro, quema como el fuego. Así vosotros, sin dejar de ser hombres y mujeres, seréis hijos de Dios. Y, por eso, miembros de su familia, que es la Iglesia.

Nosotros –los ya bautizados– os acogemos como verdaderos hermanos y sentimos ahora una inmensa alegría. La misma que experimenta una familia cuando nacen nuevos hijos. Igual que nosotros, recibiréis de Jesucristo y de la Iglesia la misión de darle a conocer a los que no le conocen y hacerle amar a los que no le aman. Eso es lo que simboliza el cirio encendido que os entregaré, después de haberlo encendido en el Cirio Pascual, que es símbolo de Jesucristo resucitado. Eso lo haréis, sobre todo, con vuestro modo de comportaros, que tiene que ser reflejo de la nueva vida que hoy recibís. También con vuestra palabra; pero sobre todo, con vuestro ejemplo.

Sin embargo, no habéis llegado todavía a la meta. Ninguno de los aquí presentes ha llegado todavía. Llegaremos el día de nuestra muerte. Por eso, desde hoy tendréis que aumentar y robustecer la vida que ahora recibís. Para ello, es imprescindible que cada domingo participéis en la misa con la comunidad parroquial, que leáis a diario el Evangelio, que comulguéis con frecuencia si estáis en las debidas condiciones, que recéis a la Virgen al acostaros y al levantaros, que tengáis amigos cristianos que os ayuden en las dificultades que encontraréis, como las encontramos nosotros, y que améis a todas las personas que se crucen en vuestra vida, especialmente a los pobres y necesitados.

Ahora quiero dirigirme a los que ya sois cristianos. Estos catecúmenos necesitan que les acompañemos. Ante todo, los catequistas y padrinos. Los catequistas les habéis acompañado a lo largo de su largo itinerario. Jesucristo y la Iglesia –y yo mismo– os lo agradecen de verdad. Ahora tenéis que seguir haciéndolo: con vuestra cercanía, con vuestra amistad, con vuestro consejo y con vuestra oración. Necesitan del cuidado que necesita un niño recién nacido. Ahora tendréis que introducirles poco a poco en la vida y costumbres que tenemos los cristianos. ¡Qué tarea más hermosa! Yo agradezco profundamente todo lo que habéis hecho, y pongo en vuestras manos estas nuevas creaturas.

Los demás cristianos aquí presentes tenéis también vuestra misión. Me parece que lo mejor que podéis hacer por ellos es darles buen ejemplo de vida cristiana. Por eso, el bautismo de estos catecúmenos es una fuerte llamada del Señor a renovaros, interior y exteriormente. Dadles también vuestro cariño humano y acompañadles con vuestra oración. Pedid que perseveren en el buen camino que hoy han comenzado.

Queridos todos: demos gracias a Dios, porque es quien nos lo da todo y se lo da a estos catecúmenos. Demos gracias a Jesucristo que con su muerte y resurrección nos ha salvado y con sus sacramentos ha hecho posible que esa salvación llegue a cada uno de nosotros. Demos gracias al Espíritu Santo por toda la labor que ha realizado y seguirá realizando en ellos. Celebremos todos la Pascua de Cristo, y aspiremos a las cosas de arriba, no a las de la tierra.

Que la Santísima Virgen, que Jesucristo nos dio como Madre al pie de la Cruz, cubra con su manto maternal a estos nuevos cristianos y a todos nosotros.

Y ahora, dispongámonos ya para los sacramentos de la Iniciación cristiana.



VI

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(Catedral, 20-4-2014)

El primer Viernes Santo de la historia, Jesús de Nazaret –poderoso en obras y palabras y que pasó por el mundo haciendo el bien a todos– fue vendido por uno de sus discípulos, renegado por otro, al que había prometido ponerle al frente de su obra, y abandonado por todos los demás del grupo que había elegido para que continuaran su obra y le dieran a conocer a todo el mundo. Ese mismo día, un político cobarde, llamado Pilato, lo condenó a muerte, a sabiendas de que era inocente. Las dos principales autoridades religiosas judías –Anás y Caifás– le crucificaron con odio y con saña. Y la turba, zarandeada y manipulada como siempre por los agitadores de turno, pidió la libertad de un homicida y la muerte del inocente Jesús.

Han pasado veinte siglos desde aquellos infaustos días y acontecimientos. ¿Quién sigue hoy al cobarde Pilato? ¿Quién se considera discípulo de los crueles Anás y Caifás? ¿Quién desea seguir el ejemplo de Judas? Nadie. A todos esos personajes se les ha tragado la tierra con olvido y con desprecio. En cambio, a ese Jesús traicionado, condenado y matado en un patíbulo infame, le siguen miles de millones de personas de todos los continentes, de todas las razas y lenguas, de todas las clases sociales. No se conoce un caso semejante en toda la historia de la humanidad. ¿Qué ha pasado? ¿Qué explicación satisfactoria puede aclarar este hecho sin igual?

La explicación se encuentra en este Cirio que nos preside. En él están escritas la primera y la última palabra del alfabeto griego –para indicar que es el principio y el fin de todo–. Está escrito el año de gracia que corre: 2014, –indicando que la historia comienza a contarse a partir de la persona que representa–. En él hay una cruz escoltada por cinco granos de incienso, –símbolos de las cinco llagas. En él hay una luz encendida, –símbolo de la vida, de la verdad y del amor–. Todas estas cosas –y el Cirio mismo– son símbolo de Jesucristo Resucitado. Indican que, quien estuvo clavado y murió en la Cruz, volvió a la vida al tercer día, convirtiéndose así en Señor de la muerte, de la vida y de la historia.

¡¡La Resurrección!! Esto es lo que explica que el Crucificado sea seguido por miles de millones de discípulos, que están dispuestos a confesarle como su Señor y a dar la vida por él. Como decía anoche cuando bendecía el Cirio, la resurrección hace que Jesucristo sea “el principio y el fin, que

suyos sean el tiempo y la eternidad, y que a él pertenece la gloria por los siglos de los siglos”. No se puede decir con más grafismo y fuerza que Cristo Resucitado es el centro de la creación, de la historia y de todos y de cada uno de los hombres; que de él arranca todo y que todo se orienta a él; que pasarán el Cielo y la tierra pero él permanecerá para siempre; que nada ni nadie podrá prescindir de él ni salvarse fuera de él.

Nosotros, hermanos, no terminamos la Semana Santa en el Descendimiento de la Cruz y en la procesión del Santo Entierro, del Viernes Santo. Si termináramos ahí, seríamos dignos de lástima. Iríamos detrás de alguien a quien vencieron sus enemigos y hubo de contentarse con dejarnos un ejemplo digno de admiración. Pero no, no somos dignos de lástima sino de santa envidia, porque somos discípulos del que ha vencido al mal en todas sus formas y hasta a la misma muerte. Seguimos al Vencedor absoluto y para siempre.

Ese es el hecho maravilloso que nos han proclamado todas las lecturas de hoy. Ellas son el testimonio escrito de quienes tuvieron constancia del hecho de la Resurrección, porque vieron con sus propios ojos, palparon, comieron y hablaron con el Resucitado. Y, como lo vieron y experimentaron, se sintieron urgidos a comunicárselo a quienes querían escucharles. Primero, lo hicieron de palabra. Luego, cuando ya no podían dejar oír su voz en todas y cada una de las comunidades cristianas que fundaron, lo pusieron por escrito. Desde ellos, y generación tras generación, el boca a boca de los discípulos se lo ha ido transmitiendo hasta llegar a nosotros. Con la misma sencillez y verdad con la que se transmiten las cosas de familia de padres, a hijos y a nietos. Nosotros se lo transmitiremos a los vengán detrás. Y así, la cadena que arranca de los apóstoles, no se interrumpirá hasta el fin del mundo.

Eso lo vamos a hacer con nuestra palabra. Pero, sobre todo, con nuestra vida. Ahora nos corresponde a nosotros situar a Jesucristo Resucitado en el centro de nuestra vida personal, de nuestra familia, de nuestro trabajo, de nuestras diversiones, de nuestros compromisos sociales, de todas las actividades nobles que realicemos. Pero no vamos a contentarnos con esto. Además, anunciaremos a cuantos se crucen en el camino de nuestra existencia, que somos felices de seguir a Jesucristo, que para nosotros la vida no tiene sentido sin él, que confiamos ahora en él y que el día de nuestra muerte sabemos que nos dará un abrazo de amor y nos llevará al Cielo. Tenemos que decirles que la felicidad no está en el dinero, ni el poder, ni en la fama, ni en placer; sino en vivir según la fe que profesamos.

Alegría, hermanos, mucha alegría por ser discípulos del Resucitado. Y un propósito firme: no vivir mirando hacia la tierra sino hacia el cielo. Con

los pies en la tierra, ciertamente, pero con la vista del alma en el Cielo, en Dios. Que la Eucaristía de hoy sea el alimento y la ayuda que necesitamos para ello.



VII

CENTENARIO DE SAN BENITO MENNI

(Catedral, 24-4-2014)

Nos hemos reunido hoy en esta Catedral para celebrar solemnemente el centenario de la muerte de san Benito Menni. Un santo que tiene gran actualidad y mucho futuro. Ángel Hércules, como le pusieron el día de su bautismo, nació a mediados del siglo XIX en Milán, en el seno de una familia profundamente cristiana, en la cual nacieron 15 hijos, que fueron sacados adelante con un modesto negocio al que el padre se dedicaba.

A los 19 años entró en los Hermanos de San Juan de Dios y adoptó el nombre de Fray Benito Menni. Pocos años más tarde, cuando sólo contaba 26, recibió un encargo que le asustó: venir a España para restaurar la Orden, que había desaparecido como consecuencia de dos reales decretos del gobierno de Mendizábal. “Ve a España, hijo mío, y restaura la Orden en su misma cuna”, le dijo el Papa Pío IX. Había que empezar de cero. Pero en diciembre de 1867, el obispo de Barcelona, que meses antes había rechazado el proyecto, inauguraba un hospital de doce camas para niños minusválidos y en mayo siguiente, el General de la Orden lo aprobó como la primera célula de la Orden restaurada en España.

Las cosas andaban muy revueltas en la España del último tercio del siglo XIX y el Padre Menni fue expulsado en 1873. Pero pocos meses después ya estaba de nuevo. El rey don Carlos lo aceptó como enfermero –junto con otros cinco compañeros– y durante tres años curó las almas y los cuerpos en varios frentes, donde luchaban los dos bandos, enzarzados en una violenta guerra civil. Fue como un bautismo de caridad y el pasaporte para que un grupito de seguidores suyos, al llegar a Madrid obtuviera el reconocimiento legal como “Asociación de Enfermeros Hermanos de la Caridad” y el permiso de fundar asilos y hospitales. A Madrid, más en concreto a

Ciempozuelos, se trasladaron los novicios de Barcelona y en Ciempozuelos fue naciendo, pabellón tras pabellón, un manicomio para hombres, que resultó un hospital psiquiátrico de vanguardia y fue el verdadero hogar de la restauración hospitalaria en España.

Desde que empezó su misión, Benito Menni había constatado que el Señor necesitaba manos femeninas y corazones de madre para atender a las enfermas mentales y a las niñas minusválidas que, por Estatutos, no podían ser admitidas en los hospitales de la Orden. Había que fundar esa institución. Mientras pensaba y rezaba, Dios suscitó en Granada dos mujeres, María Josefa Rocío y María Angustias Jiménez, que buscaban “algo” a lo que entregarse. Vinieron a Ciempozuelos y con ellas emprendió la “locura divina” de fundar las “Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús”. Cuando el P. Menni dejó de ser provincial de la Orden (1903), las Hermanas ya contaban con 9 casas. Eran el embrión de una Obra que hoy está extendida por 24 países.

Todo parecía indicar que, al dejar de ser Provincial, dispondría de más tiempo para dedicarse a la atención cercana de su Congregación de Hermanas Hospitalarias. Pero la Divina Providencia le tenía reservada una nueva responsabilidad: ser, primero, Visitador Apostólico de los Hermanos Hospitalarios (de san Juan de Dios) y, luego, terminada esta misión, ser nombrado por san Pío X General de la Orden. Poco más de un año duró en el generalato, porque en 1912 presentó la renuncia.

La caridad de Benito Menni no era blandenguería ni condescendencia bonachona con el mal. En sus largos años de Provincial y Visitador, y como General, reprimió diversos abusos con serena firmeza. Por ejemplo, en el Manicomio de san Baudilio de Llobregat expulsó a varios médicos por graves desórdenes morales y en algunas comunidades cortó de raíz ciertas desviaciones en la disciplina. Todo ello le ganó un grupito de adversarios dentro de la Orden. Aunque eran pocos, eran influyentes e intrigantes y utilizaron contra él todos los medios, incluida la mentira. Ya antes había sido probado con el signo inequívoco de las obras de Dios: la cruz. De hecho, entre 1995 y 1902 fue blanco de todo tipo de calumnias y ocupó las páginas de los periódicos por un supuesto caso de repugnantes violencias a una enferma. Al final fue absuelto. Sin embargo, no fue esa la cruz que más le hizo sufrir, sino la campaña de calumnias –que él calificaba como “innombrables”– ante el tribunal eclesiástico del Santo Oficio en Roma; el cual lo declaró inocente. Y, sobre todo, las acusaciones ante la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, ante su Superior General y otros. Fue el resello de la cruz, porque procedió de algunos hermanos religiosos y, en ocasiones, des sus hijas espirituales. Por fin, el 24 de abril de 2014 Dios le llamó a su presencia para premiarle como Él premia a los que no buscan

otra cosa que cumplir su santa Voluntad. Algunas décadas más tarde, el gran Juan Pablo II le beatificó y luego le declaró santo.

Es justo que hoy las Hermanas y Hermanos Hospitalarios quieran honrar su memoria y dar gracias a Dios con motivo del centenario de la muerte de su Fundador y Restaurador. Me alegro de ello y os agradezco que me hayáis invitado para tan fausto acontecimiento.

A la vez, me vais a permitir que os haga algunas sugerencias al hilo de lo que acabo de recordar sobre vuestro Fundador. Ante todo, hoy debe ser una llamada a renovar la fidelidad a vuestro específico carisma, siguiendo las huellas de San Benito Menni. Es verdad que las circunstancias son muy distintas a las suyas y hay cosas que no se pueden repetir materialmente. Sin embargo, el espíritu de pobreza, de entrega incondicional a los enfermos, de hacer frente a todas las dificultades externas e internas con espíritu de fe y amor de Dios, de celo ardiente por las almas, de exigencia en la moralidad de todos los que trabajan en vuestros centros..., todo eso no tiene límites de tiempo y espacio. Las palabras del Señor no variarán nunca: “Lo que hicisteis con uno de estos, a Mí me lo hicisteis”.

San Benito Menni os ha trazado –mejor dicho, nos ha trazado a todos de cara a nuestra propia vocación–, el camino, los medios que hemos de emplear para conseguirlo: enamorarse de Jesucristo por el trato intenso con él en la eucaristía, amar filialmente a la Santísima Virgen, cultivar la virtud de la humildad, abrazarse a la cruz de cada día y a la de las incomprendiones y hasta de las calumnias.

Queridos Hermanos y Hermanas Hospitalarias: estad contentos con vuestra vocación; sentíos plenamente realizados como hombres y mujeres, y, por supuestos, como cristianos; irradiad la alegría a vuestros enfermos y no os canséis de ver en ellos al mismo Jesucristo. Amén



Mensajes

I

UNA PLAGA ESPECIALMENTE DOLOROSA

(Cope, 7-4-2014)

Por más incomprensible que parezca, sigue siendo una cruel realidad que más de 400 millones de niños del mundo son explotados y forzados a participar en el mercado laboral en sus diversas formas: niños soldados, niñas explotadas sexualmente, niños asesinados para traficar con sus órganos, niños que son explotados trabajando en régimen de esclavitud.

Las causas de este crimen son, entre otras, las relaciones económicas internacionales radicalmente injustas, el sistema político de los países ricos y el sindicalismo de esos mismos países. Las relaciones internacionales están representadas por las grandes multinacionales y el sistema financiero, que no duda en sacrificar a los niños en aras de sus ganancias. Los sistemas políticos están representados por los grandes organismos internacionales y por los partidos con representación parlamentaria, que legitiman esta situación y no hacen nada para acabar con este crimen. Los mismos sindicatos son cómplices, al guardar silencio ante la esclavitud infantil.

Los últimos papas no han dejado de levantar su voz en contra de estos hechos tan sangrantes. “La comunidad cristiana –dijo Benedicto XVI– tiene la obligación particular de cuidar de los niños. No hay que ahorrar ningún esfuerzo para instar a las autoridades civiles y a la comunidad internacional a combatir estos abusos y brindar a los niños la protección legal que merecen justamente”. Varias décadas antes había escrito el Beato Juan Pablo II: “Es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos

económicos, financieros y sociales, que, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático”.

Por su parte, el Papa Francisco, refiriéndose a las “diversas formas de trata de personas” en su reciente exhortación “La alegría del evangelio”, ha formulado estas inquietantes preguntas: “¿Dónde está tu hermano esclavo? ¿Dónde está ese que estás matando cada día en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que utilizas para la mendicidad?” (La alegría del Evangelio, n. 211).

Pero la Iglesia no se ha quedado en las palabras. De hecho, desde hace más de 25 años, en España e Iberoamérica, el Movimiento Cultural Cristiano viene desarrollando una “Campaña contra las causas del hambre, paro y esclavitud infantil”. Ahora quiere dar un paso más, proponiendo que el 16 de abril sea declarado a nivel internacional como “Día mundial contra la Esclavitud Infantil”. La fecha no es caprichosa sino que está llena de significado.

Ese día, en efecto, moría en 1995 Iqbal Masih, un niño esclavo pakistaní bautizado católico en un país de mayoría musulmana. Su vida fue un testimonio elocuente de lucha por la liberación de otros niños esclavos.

Me complace vivamente asumir la iniciativa y estimular a todos los diócesanos a que la apoyen con entusiasmo. Pues considero que es una causa nobilísima tratar de erradicar esta “auténtica plaga” de la esclavitud en el mundo. Animo, en particular, a difundir el testimonio del niño pakistaní Iqbal Masih entre los niños y jóvenes, para que reflexionen y actúen contra las causas de la miseria y esclavitud que sufren millones de niños en todo el mundo. Más aún, me agradaría que todas las personas de buena voluntad, aunque no compartan mis creencias, se solidaricen con esta causa. Pienso que no es difícil comprender que la lucha contra la esclavitud infantil en todas sus versiones es una noble iniciativa, que puede contribuir a la regeneración de la sociedad y a potenciar la conciencia de los católicos en pro de la solidaridad con los más pobres e indefensos.



II

LA SEMANA SANTA EN BURGOS

(Cope, 13-4-2014)

El pueblo cristiano de Burgos tiene dos modos de celebrar la Semana Santa. El uno consiste en convertir sus calles y plazas en un gran templo. El otro es acudir en mayor número y con más fervor a las celebraciones litúrgicas en las parroquias y en la Catedral. Son dos modos que se complementan y, de alguna manera se reclaman.

Sin duda, la participación en las celebraciones litúrgicas del Domingo de Ramos, del Jueves, Viernes y Sábado Santos y de la Vigilia Pascual y Domingo de Resurrección es lo más importante. Porque en esas celebraciones revivimos, en el sentido más radical del término, los sagrados misterios de nuestra redención. No nos limitamos a tener un recuerdo emocionado de la muerte y resurrección de Jesucristo, sino que reactualizamos esos misterios, en cuanto los hacemos presentes a través de los sacramentos.

El corazón de todas las celebraciones es la Vigilia Pascual. Durante los primeros siglos, la comunidad cristiana lo tenía muy claro, porque vivía con fuerza la fe en la resurrección de Jesucristo. Era consciente de que los cristianos no seguimos a un crucificado que murió a manos de sus enemigos. Nosotros no nos detenemos en la tarde del Viernes Santo sino en la mañana de Resurrección. Si fuera el Calvario nuestra meta, seríamos unos pobres hombres y mujeres, porque iríamos detrás de un vencido. Pero si ponemos la meta –como la ponemos– en el sepulcro vacío porque Cristo ha resucitado, entonces podemos mirar de frente incluso a la misma muerte. La Resurrección de Jesucristo ha arrebatado su corona de reina a la muerte, porque la ha derrotado con la vida.

Todo esto todavía no ha calado entre nosotros. Hay que tener paciencia, porque llevamos muchos siglos viviendo con otros registros. Pero poco a poco lo iremos recuperando y terminaremos convirtiéndola en lo que es: el centro de todas las celebraciones del año. Desde aquí invito a todos los fieles a participar en la Vigilia Pascual.

Ciertamente se celebra por la noche y es larga. Pero tiene la contrapartida de ser, incluso desde el punto de vista meramente cultural, una celebración de enorme belleza. Os invito a acudir a vuestras parroquias. A la vez, os comunico que la de la Catedral tendrá este año una solemnidad añadida. Porque tendré la alegría de bautizar a ocho adultos y dos hijos de

ellos. ¡Qué bonito sería que se vieran acogidos por una comunidad creyente, que se alegra de ver nacer nuevos hijos!

Pero junto a las celebraciones de la liturgia están los actos de la piedad popular. Ellos son una gran catequesis plástica para niños y mayores y un medio sencillo de acordarse de que Dios existe, de lo que Jesucristo ha hecho por nosotros entregando su vida para nuestra salvación y para hacernos hijos de un mismo Padre. Además ¿quién no se conmueve al ver una Dolorosa o un Cristo Yacente y dice una oración, aunque sea sin palabras?

La Semana Santa de Burgos tiene este año una novedad importante. Por primera vez procesionará la imagen del Santísimo Cristo de Burgos y se hará su descendimiento de la Cruz. Esto va a ser posible, porque el Cabildo Metropolitano ha hecho una copia que llama la atención por su fidelidad y verismo. Saldrá el día de Viernes Santo por la mañana en la Plaza de Santa María de la Catedral. Invito a todos, especialmente a los abuelos, a que, en compañía de sus nietos, participen en ese acto. Seguramente que a esos nietos no se les olvidará en toda su vida.

Me gustaría deciros que os deseo unos días santos, en los que lo religioso sea lo más importante. Pero esto no me impide desearos que sean también unos días en los que os reunáis en familia y aprovechéis para hacer un alto en el trabajo.



III

RESUCITAR ¿UTOPIA O REALIDAD?

(Cope, 20-4-2014)

En una ocasión, conversando con un profesor universitario que no tenía fe pero estaba en eso que ahora llaman “en búsqueda”, me hizo esta pregunta: “He leído en algún sitio que Jesucristo no vino a quitar el hambre ni a elevar el nivel cultural de los pueblos ni a establecer un determinado sistema de gobierno. Si no vino para esto, ¿para qué vino?”. Mi respuesta fue, más o menos, esta: “Jesucristo vino, sobre todo, para manifestarnos el rostro verdadero de Dios y para que, cuando tú y yo cerremos los ojos a

este mundo, no nos muramos sino que nos durmamos para despertar un día y vivir para siempre. ¿Te parece poco?”.

Este suceso ha venido a mi memoria debido a que hoy los cristianos de todo el mundo celebramos la Resurrección de Jesucristo. Nosotros, en efecto, no terminamos la Semana Santa el Viernes por la tarde, cuando bajan de la Cruz a Jesús y le dan sepultura. La terminamos al amanecer del domingo, cuando Cristo sale vivo del sepulcro, después de haber quitado a la muerte ser la última palabra. Si siguiéramos a un muerto y a un vencido por sus enemigos, seríamos unos pobres hombres.

Ya lo dijo san Pablo: “Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana vuestra fe”. La única salida lógica sería esta: “Comamos, bebamos y disfrutemos todo lo que podamos, que vivimos cuatro días”. Sin embargo, san Pablo reacciona con viveza y dice: “Pero no, Jesucristo ha resucitado de entre los muertos”. Más aún, ha resucitado como “primicia de los que duermen”. Que es lo mismo que decir: “Si Cristo ha resucitado, también nosotros resucitaremos”.

Esta creencia se apoya en la roca firme de la transmisión de la fe a través de la cadena de testigos que se inició con los Apóstoles y se ha ido transmitiendo de boca en boca generación tras generación. Las catacumbas de Roma conservan todavía algunos restos gráficos en los que aparece patente la fe en la Resurrección. Además, cuando nació el cristianismo, el mundo grecorromano llamaba “necrópolis” al lugar donde se enterraban a los difuntos. Necrópolis, como todos sabemos significa “ciudad de los muertos”. Los cristianos cambiaron pronto ese nombre por el de cementerio, que significa “dormitorio”. La razón no es otra que su creencia en que el difunto no está muerto de modo definitivo sino transitorio. Y así como despierta cada mañana, también despertará definitivamente la mañana del fin del mundo. Pero con una ventaja, que ese despertar será eterno, para siempre.

Quizás alguno se pregunte: ¿No será la resurrección un invento de los apóstoles, que luego se ha ido transmitiendo como una bola de nieve que se inicia en la cumbre y baja por la pendiente cada vez más acelerada y cada vez más grande?

Durante décadas este fue el argumento de muchos ateos o agnósticos. Pero a estas alturas, ya no se toma en serio la objeción. Para ese “inventor” se necesitaba mucho más talento, mucho más valor y mucha más audacia que lo que los Apóstoles tenían. Por otra parte, los primeros enemigos de la resurrección fueron ellos. Baste pensar que, cuando vino la Magdalena anunciándoles que Jesús estaba vivo y que ella lo había encontrado, lo tomaron como “cosas de mujeres”. Fue necesario que ellos mismos le viesan y tocasen y comiesen con él.

Si esto es tan claro, ¿por qué hay mucha gente que no lo admite? Yo no encuentro mejor respuesta que los Evangelios. ¿No vieron los dirigentes del pueblo judío los milagros de Jesús, por ejemplo, que había resucitado a Lázaro y curado al ciego de nacimiento? Sin embargo, le rechazaron y crucificaron. Fue el pueblo sencillo, las almas descomplicadas y humildes, quienes le creyeron y se hicieron discípulos suyos. Es cuestión de fe. Pero estemos atentos, porque la fe llega por el camino de la humildad intelectual, no por el de la soberbia autosuficiente.



IV

EN TORNO A LAS “EIDADES DEL HOMBRE” DE ARANDA

(Cope, 27-4-2014)

El próximo 6 de mayo se abre una nueva muestra de las Eidades del Hombre. En este caso, en Aranda de Duero y en torno a la Eucaristía. De inmediato surge esta pregunta: ¿Cómo hay que ver esta exposición de arte sacro que gira en torno a lo que el Concilio Vaticano II llama “fuente” y “cumbre” de la vida de la Iglesia y del cristiano?

La pregunta no es retórica. Porque la comprensión de una muestra de arte sacro no puede prescindir de la idea que la dio origen y que el artista quiso plasmar. ¿Cómo se podría, por ejemplo, prescindir del significado que tienen el maná del desierto, el sacrificio de Abrahán o la cena pascual a la hora de comprender los cuadros o imágenes que les representan? Ciertamente, algo se captaría. Pero una comprensión en toda regla requiere unos conocimientos mínimos, pero básicos, sobre la “trastienda conceptual” que esconde. En una muestra sobre la Eucaristía todavía es más necesario.

Porque la Eucaristía es un don que Dios ha hecho a todos los hombres y le ha ido dando por entregas. Primero, fue un don anunciado, prefigurado y profetizado; luego, fue un don instituido con carácter permanente; finalmente, un don hecho celebración.

Este largo itinerario de tiempo y espacio está descrito en el Antiguo y Nuevo Testamento y en la historia de la Iglesia. En el Antiguo Testamento ocupan un lugar importante el sacrificio de Abel y el de Abrahán, la Pas-

cua, la Alianza del Sinaí, la ofrenda de pan y vino de Melquisedeq, el gran sacrificio del Yom Kippur o gran expiación, la comida de la sabiduría y la gran profecía de Malaquías sobre el sacrificio ofrecido de Oriente a Occidente en honor de Yahvé. Ellos nos llevan de la mano hasta el Sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza realizado, instituido y celebrado en el Nuevo Testamento. La Iglesia recibió este tesoro para que lo custodiara y actualizara sin cesar en todo tiempo y lugar.

Ella, fiel al mandato de su Señor, lo puso en práctica desde su mismo nacimiento. Tanto los Hechos de los Apóstoles como sus Cartas dejan constancia de ello así como de su arraigo en las primeras comunidades cristianas. Baste pensar que, ya a mediados del siglo segundo, el gran filósofo y apologista cristiano san Justino, dejó un testimonio escrito sobre la celebración de la Eucaristía que coincide sustancialmente con la que hacemos ahora nosotros.

Luego vino la reflexión de los grandes autores de la antigüedad, del medievo y de la época moderna sobre los datos recibidos de la Escritura. Junto a ellos, la vivencia del pueblo cristiano, al cual se debe la creación de un inmenso patrimonio en torno a la presencia real, substancial y permanente de Jesucristo en las especies eucarísticas. Los clérigos, por una parte, y los artistas, por otra, plasmaron en obras de arte todo este inmenso arsenal de datos y vivencias con el objetivo de expresar la fe, fomentarla y celebrarla.

No parece, por tanto, exagerado afirmar que la muestra sobre la Eucaristía de Aranda necesita la guía de la Biblia y de la catequesis cristiana para mostrar todo su encanto. Por eso, desde aquí me atrevo a sugerir que los visitantes la vean con la Biblia en la mano y que se detengan a leerla, si no en todos los cuadros de la muestra, sí en los principales. A quienes son creyentes, les animo a pensar en nuestros antepasados que nos han transmitido estos tesoros de fe y de amor y sientan el santo orgullo de formar parte de esa cadena realmente esplendorosa.



Agenda del Sr. Arzobispo

AGENDA DEL SEÑOR ARZOBISPO-MES DE ABRIL

- Día 1: Reunión con el Rector del Seminario, con el Vicario General y otros sacerdotes.
- Día 2: Visitas. Encuentro con agentes de pastoral familiar en el Seminario.
- Día 3: Visitas. Reunión con los sacerdotes del Arciprestazgo del Vega para preparar la Visita Pastoral. Por la tarde visita las obras de construcción de un centro parroquial en la parroquia de San Juan Bautista de Burgos.
- Día 4: Visitas.
- Día 5: Preside el Rito de la Traditio a una comunidad neocatecumenal en el Seminario Redemptoris Mater. Por la tarde participa en el pregón de la Semana Santa en la Catedral.
- Día 6: Administra el sacramento de la confirmación en Mazuelo de Muñó y bendice los iconos con imágenes de dos mártires naturales del pueblo recientemente beatificados.
- Día 7: Participa en el acto conmemorativo del 50 aniversario de Aspanias presidido por Su Majestad la Reina de España en el Forum Evolución. Por la tarde asiste a una de las conferencias de las Jornadas “Ciencia y Cristianismo. Cerebro, libertad y espiritualidad” organizadas por la Facultad de Teología.
- Día 8: Consejo de Gobierno.
- Día 9: Visitas.

- Día 10: Visitas.
- Día 11: Visitas. Por la tarde, acto Eucarístico reparatorio en la parroquia de San Cosme y San Damián.
- Día 12: Rueda de prensa y presentación de la reproducción del Santo Cristo de Burgos en la Catedral. Asiste a un concierto de la Coral de “Voces del Arlanzón” en Pampliega.
- Día 13: Domingo de Ramos. Preside la procesión desde la Parroquia de San Lorenzo con la bendición de Ramos en la Plaza Mayor y la Eucaristía en la Catedral.
- Día 14: Consejo de Gobierno. Por la tarde participa en el Via crucis penitencial del Castillo.
- Día 15: Visitas.
- Día 16: Visitas. Celebra la Misa Crismal en la Catedral. Por la tarde preside el funeral del sacerdote D. José Alonso de Linaje en la parroquia de San José Obrero de Burgos.
- Día 17: Jueves Santo. Preside el Oficio de Lectura y Laudes en la Catedral. Celebra la Eucaristía de la Cena del Señor en la Catedral.
- Día 18: Viernes Santo. Preside el Oficio de Lectura y Laudes en la Catedral. Celebra los santos Oficios en la Catedral y preside la procesión del santo Entierro.
- Día 19: Sábado Santo. Preside el Oficio de Lectura y Laudes en la Catedral. Por la noche celebra la Vigilia Pascual en la Catedral administrando los sacramentos de la iniciación cristiana a 8 adultos y el bautismo a dos hijos de ellos.
- Día 20: Domingo de Resurrección. Preside la Santa Misa en la Catedral impartiendo al final de la misma la bendición papal.
- Día 22: Visita Pastoral al arciprestazgo del Vega. Reunión con grupos parroquiales de San José Obrero.
- Día 23: Celebra la Eucaristía en los PP. Carmelitas con motivo del Capítulo Provincial.
- Día 24: Por la tarde preside la Eucaristía en la Catedral con motivo del centenario de la muerte de S. Benito Menni, fundador de las Hospitalarias. Administra el sacramento de la confirmación a varios adultos en la parroquia de San José de Aranda.

- Día 25: Visitas. Por la tarde administra el sacramento de la confirmación en Tardajos y preside el homenaje a dos mártires naturales del pueblo recientemente beatificados. Por la noche participa en la oración juvenil diocesana en la parroquia de San Cosme y San Damián.
- Día 27: Participa en la ceremonia de canonización de los Papas Juan XXIII y Juan Pablo II en Roma.



Curia Diocesana

Secretaría General

I

JUBILACIÓN POR EDAD

El Sr. Arzobispo ha aceptado la solicitud de jubilación definitiva al Rvdo. D. Cándido Fernández del Río por razones de edad.



II

EN LA PAZ DEL SEÑOR

1) *Rvdo. D. JOSÉ ALONSO DE LINAJE GONZÁLEZ*

Sacerdote Diocesano

D. José nació en Terminón el 24 de julio de 1927. Cursó el Bachillerato en Javier y los estudios filosófico-teológicos en el Seminario Mayor de Burgos. Fue ordenado sacerdote en Barcelona el 31 de mayo de 1952. Inició su andadura sacerdotal siendo Ecónomo de Plágaro y sirviente de Barcina del Barco, Villaescusa de Tobalina y Mijaralengua. Posteriormente fue nombrado Párroco de Castrojeriz y Sirviente de Tabanera de Castrojeriz. De Castrojeriz pasó a ser párroco de Santa María en Miranda de Ebro. En 1988 fue nombrado Capellán del Cementerio de San José en Burgos que ejerció hasta su jubilación. D. José pasó sus últimos años en la Casa Sa-

cerdotal y en Barrantes. D. José fue siempre un enamorado del Seminario, de ahí los muchos chavales que, animados por él, entraron en el Seminario. Algunos son hoy sacerdotes. Hombre exquisito en el trato, ordenado, amante de lo que tenía entre manos... Falleció el 15 de abril. Las Exequias fueron presididas por el Sr. Arzobispo en la Parroquia de San José de Burgos y sus restos descansan en la sepultura familiar de su pueblo natal. Gracias, José, por todo el bien que hiciste en vida. Intercede por nosotros y descansa en paz.

2) *Rvdo. D. JOAQUÍN LETONA GORDEJUELA*

Sacerdote Diocesano

D. Joaquín nació en Miranda de Ebro el 15 de noviembre de 1932. Cursó sus estudios en los Seminarios Menor y Mayor de Burgos y fue ordenado sacerdote el 17 de julio de 1932. Inició su andadura sacerdotal siendo Ecónomo del Barrio de San Miguel de Los Ausines y posteriormente de la Parroquia de Santa Eulalia de Los Ausines. Fue Ecónomo de Salinillas de Bureba y de Revillalcón. Ecónomo de Villalba de Losa, Mijala, Zaballa, Mambliga, Hozalla, Aostri, Lloregot, Berberana Múrita y Villaño. Coadjutor de la Parroquia del Espíritu Santo en Miranda de Ebro. Ecónomo de Bujedo, Encío, Orón, Valverde y Obarenes. Sus últimos años los pasó en Miranda de Ebro, e improvisamente, falleció el día de Pascua de Resurrección, el 20 de abril de 2014. Las Exequias se celebraron en la Parroquia de El Buen Pastor y fueron presididas por el Vicario General de la Diócesis. Joaquín, descansa en paz. Esa es nuestra oración y nuestro deseo.



Sección Pastoral e información

Consejo pastoral diocesano

CRÓNICA DE LA SESIÓN EXTRAORDINARIA

(29-3-2014)

El 29 de marzo de 2014, en el Seminario San José, se reunió en sesión extraordinaria el Consejo pastoral diocesano, presidido por el Sr. Arzobispo. Participaron en la sesión 53 de los 77 miembros del Consejo. En esta ocasión había nueve incorporaciones nuevas: Juan José Pérez Solana, vicario de la zona norte (que ya estaba como arcipreste); Alfonso Sáez Sáez, vicario de la zona centro (que ya estaba como arcipreste); Carlos Izquierdo Yusta, vicario de cultura (que ya estaba como delegado); Carlos Navarro Gil, arcipreste de Medina de Pomar; José Luis Corral Gómez, arcipreste de Roa; Luz Acha Verdeja, presidenta de CONFER; M^a Carmen Martín Criado, representante también de CONFER; Feli Pozo Ramos, delegada de Pastoral de la Salud; y Jorge Simón Rodríguez, director de Cáritas diocesana.

Se inició la reunión con la oración, preparada por el arciprestazgo de Medina de Pomar. Terminada la oración, D. Francisco saludó a los presentes. Fue aprobada el acta de la reunión anterior por mayoría. A continuación, el Vicario pastoral recordó que, a las pocas semanas de haber aprobado nuestro Plan pastoral diocesano 2013-2016, el papa Francisco publicaba la exhortación programática *Evangelii Gaudium*; esta era la principal razón para que en el Consejo se reflexionara en torno a este documento y cómo enriquece nuestro Plan diocesano. Y en un segundo momento de la reunión, estudiar el tema de “Parroquias evangelizadoras” tras haberlo debatido ya en dos sesiones del Colegio de arciprestes y numerosos arciprestazgos (sacerdotes y consejos) y parroquias.

Tema 1º: *Evangelii Gaudium* y Plan pastoral diocesano 2013-2016.

Tomó la palabra Fernando García Cadiñanos, a quien se le había pedido una reflexión inicial en torno al tema. Planteó que, más allá de la letra, quería hablar de la “música” que suena en esta exhortación del papa Francisco. Nuestro Plan diocesano, dijo, recoge esta música aun sin quererlo, y esto hay que asumirlo con alegría.

Presentó a continuación diez palabras claves, acompañadas de las correspondientes tentaciones y propuestas; las diez palabras son: Evangelio, alegría, misión, escucha, pobres, mística, Reino, comunidad, crecimiento y conversión.

A continuación se pasó al trabajo en ocho grupos, correspondientes a las líneas del Plan pastoral diocesano. El ponente había dado por escrito los números de *Evangelii Gaudium* en los que se trataba cada uno de estos temas. La pregunta era única: “desde *Evangelii Gaudium*, cómo se ilumina y enriquece esta línea pastoral de nuestro Plan”. Lo trabajado en grupos luego no se puso en común, sino que las conclusiones se entregaron al secretario para ser después tratadas por la Comisión Permanente.

Tema 2º: Caminar hacia unas parroquias evangelizadoras (6ª línea del Plan).

Tras el descanso, José Manuel Madruga hizo la presentación del segundo tema de reflexión. En la introducción dijo que la parroquia sigue siendo una institución fundamental en la Iglesia, un organismo vivo que interactúa con la cultura y el entorno: la Iglesia entre las casas. No se pone en duda su necesidad, pero sí se le ven limitaciones de espacio y tiempo, como por ejemplo la movilidad de las personas. Caminamos hacia la configuración de una nueva parroquia, pero las nuevas parroquias no surgirán por decreto, sino por reformas y pasos.

Actualmente hay cuatro modelos “en lucha”: lugar de encuadramiento de fieles (un cura residente y los feligreses del territorio), comunidad cristiana (asamblea de distintos con relaciones fraternas), gran servicio público de lo religioso (así es como muchos ven las parroquias), y célula misionera (la parroquia en principio no es para la misión; cuando se habla de parroquia misionera se quiere decir que salga al encuentro). El papa Francisco insiste en volver a colocar en primer plano la misión, buscar nuevos espacios y nuevas formas.

En la articulación de esta diversidad de modelos hay que integrar la gran asamblea y la cercanía. Las parroquias evangelizadoras han de estar

abiertas a la conversión pastoral. EG 28 insiste en que los diversos grupos no pierdan el contacto y se integren en la parroquia y en la diócesis.

Finalmente el ponente, tras haber leído las aportaciones recibidas de los arciprestazgos, apuntó algunos temas que hay que abordar mediante el estudio, la reflexión y su concreción dentro de la pastoral, siendo compromiso de toda la iglesia diocesana: Unidades parroquiales (objetivos, medios, cuestiones jurídicas); potenciar cauces de comunión en las parroquias; superar el déficit de iniciación a la oración; hay formación especializada de agentes pastorales pero falta una formación general; en la acogida hay que partir de que es la comunidad quien acoge, no solo el cura; hay que pisar mucho más la calle; y que las estructuras diocesanas no sean obstáculo sino facilitadoras.

A continuación D. Francisco dedicó unos minutos a hablar sobre la próxima Visita pastoral. Ya está acordado que se empiece por la ciudad, en concreto en el mes de mayo por el arciprestazgo de Vega; después seguirán el resto de arciprestazgos de Burgos, Miranda y Aranda, y a continuación los arciprestazgos rurales. Es su deseo subrayar en esta Visita la iniciación cristiana, el despertar religioso, la inserción en la comunidad. Y en el mundo rural, insistir en las Unidades parroquiales, incisivas en la misión. Con la Visita desea estimular la responsabilidad de la transmisión de la fe (padres y catequistas). Y también abordar Cáritas y la dimensión caritativa de cada fiel. Cada arciprestazgo puede ir preparando un plan con lo que cada parroquia quiere en esta Visita, teniendo como orientación el Plan pastoral diocesano. Puede haber diversos encuentros y al final la Misa estacional. Y es importante el “después” de la Visita: que cada parroquia pueda concretar alguna cosa a corto y a largo plazo.

Se abrió después un diálogo en asamblea; las diversas intervenciones giraron en torno a estos puntos:

- A veces surgen conflictos entre parroquias por lo territorial: si una parroquia admite en catequesis a todos, otra se puede quedar sin tarea... Es necesaria una conversión pastoral y el trabajo en común.
- Los consejos parroquiales son importantes, para que no haya “revolución” cada vez que cambie el párroco. Es necesaria una cierta renovación, pero con una comunidad establecida y que funciona.
- A veces constatamos que son muy distintas unas parroquias de otras. Hay que tender a la comunión en la diferencia; cada parroquia tiene identidad y autonomía, pero no pueden ser tan dispares. Para esto están también los arciprestazgos.
- Desde EG 28 había que ver qué cosas que hasta ahora han funcionado bien, en estos momentos hasta pueden ser un estorbo (demasiadas misas, por ejemplo). Cuando algo nuevo crece, apoyarlo.

- En el ámbito rural, a veces la parroquia así entendida es todo el arciprestazgo, o como mucho hay dos o tres parroquias en todo el arciprestazgo.
- Es necesario dedicar sacerdotes a temas donde no llega la parroquia, porque son ámbitos necesarios para la misión. Y ciertos trabajos diocesanos en otras instituciones deben revertir más en las parroquias (por ejemplo, aprovechar la Facultad de Teología para la formación del laicado).
- Para una pastoral misionera son importantes los movimientos. Los obispos han hablado de la Acción Católica General como una vía para las parroquias. Serviría para evitar esos vaivenes con los cambios de cura, ayudaría a vertebrar las parroquias.
- Hay que hacer cambios, pero *Evangelii Gaudium* y la introducción del Plan dicen que hay que hacer reforma personal y conversión pastoral. La gente quiere evangelizar, pero no sabe cómo; es una impotencia que agota. O nos reforzamos en el Señor, o nos agotamos.
- Nos gustaría tener parroquias abiertas, acogedoras. La Semana arciprestal de Gamonal ha sido un éxito, hay cosas parroquiales que interesan a otra gente.

Concluyó este tema el Sr. Arzobispo contando cómo, en la Visita *ad limina*, el papa les dijo que *Evangelii Gaudium* estaba escrita en “americano”, que hay que traducirla a nuestra realidad diocesana. No tener miedo si estamos movidos por el amor de Cristo; no tener miedo a equivocarnos. Se pueden hacer experiencias hasta hace poco impensadas; tener capacidad de inventiva, de improvisación.

Tema 3º: Oferta evangelizadora a partir de “Las Edades del Hombre” (acción 16 del Plan).

Lo fueron presentando varios miembros de la Comisión diocesana creada para tal fin:

- El arcipreste de Aranda, José Luis Lastra, informó brevemente del funcionamiento de esta comisión y recordó que no tiene ninguna responsabilidad directa sobre la exposición, sino que su finalidad es preparar una oferta pastoral complementaria para potenciar el sentido evangelizador que la exposición *Eucharistia* ya tiene en sí misma. Presentó algunas de las actividades habituales de Aranda donde se tendrá en cuenta el tema de la exposición (Semana arciprestal, procesión del Corpus, novena a la Virgen de las Viñas), las “Eucaristías del mundo” previstas para mostrar la diversidad de formas de celebrar que tienen inmigrantes de distintas zonas del mundo, el

gesto solidario para construir una capilla en Puyo (Ecuador), la presencia en medios de comunicación y redes sociales, y lo que la Iglesia en Aranda está preparando para la acogida y atención pastoral a visitantes y grupos que se acerquen a ver la exposición de Las Edades (información detallada, una capilla abierta, material litúrgico...).

- La delegada diocesana de Enseñanza, Manoli García, informó del Seminario de profesores desarrollado recientemente, fruto del cual se han confeccionado tres unidades didácticas y dos guías para Primaria y Secundaria. Asimismo se están preparando catequesis.
- La representante del arciprestazgo de Aranda, M^a José Joaniquet, habló del ciclo de charlas, conciertos eucarísticos y cineforum previstos en Aranda a lo largo de los seis meses, con los ponentes, coros y fechas ya concretados.
- El Vicario de Cultura, Carlos Izquierdo, presentó el curso monográfico “La Eucaristía se hizo arte” que, entre la Facultad de Teología y la Universidad de Burgos, con la colaboración del Instituto Municipal de Cultura de Burgos, se está preparando para primeros de octubre, con conferencias, visitas, teatro, música y poesía. Además, la Facultad de Teología ha incluido el contenido de Las Edades en la Cátedra Francisco de Vitoria (curso de Patrimonio).
- Finalmente, el delegado diocesano de Patrimonio y comisario de *Eucharistia*, Juan Álvarez, informó de los últimos detalles en torno a la exposición: será en las dos iglesias de Santa María y San Juan, del 6 de mayo al 10 de noviembre, con 121 obras, 29 de las cuales provienen de la diócesis de Burgos. Pidió expresamente que constara en acta el agradecimiento al esfuerzo realizado por esta comisión, con el apoyo diocesano, y especialmente la implicación del arciprestazgo de Aranda.

Concluyó esta presentación el Arzobispo, D. Francisco Gil, pidiendo al comisario de la exposición que hiciera llegar a la Fundación Las Edades del Hombre (dado que los Obispos son los patronos) su aprobación expresa a todo este plan de actividades, surgido como una iniciativa contemplada en el Plan pastoral diocesano en línea de nueva evangelización.

Informaciones. Ruegos y preguntas.

- *Actividades y celebraciones por las canonizaciones de Juan XXIII y Juan Pablo II.* El Vicario pastoral presentó de palabra y por escrito el programa de actos a celebrar entre el 25 de abril y el 10 de mayo. Pidió un esfuerzo especial por alentar la participación en la misa del día 4 en la catedral.

- *50 años de Cáritas diocesana*. Se informó que el sábado 17 de mayo tendrá lugar la Asamblea diocesana de Cáritas, y la inauguración de la exposición de los 50 años en la sala Valentín Palencia de la catedral. También en la Noche Blanca habrá diversas propuestas. Y el sábado 7 de junio será la celebración festiva, con Eucaristía en la catedral, comida y actos lúdicos en la sede de c/ San Francisco, y un acto con velas en el río Arlanzón.
- *IV Jornadas “Ciencia y cristianismo”*. El Vicario de Cultura presentó estas jornadas, dedicadas este año a reflexionar sobre la relación entre “Cerebro, libertad y espiritualidad”, del 7 al 9 de abril en el Cultural Cerdón.
- *Próxima revisión y actualización de los Estatutos de este Consejo*. El secretario recordó que había una propuesta de actualizar los Estatutos de cara a la elección del nuevo Consejo; los tiempos han avanzado, algunas estructuras diocesanas han cambiado y hay que adecuar los Estatutos a la realidad. Planteó quién y cómo lo debía hacer. Se acordó que lo trate la Permanente, lo pase después a algún experto jurídico, y así se plantee en la próxima sesión de este Consejo, que será posiblemente la última.

Terminó la reunión D. Francisco con unas palabras de agradecimiento por la participación, e invitando a visitar el Seminario, que ese día tenía jornada de puertas abiertas. Se concluyó rezando el Ángelus.

JOSÉ LUIS LASTRA PALACIOS



Colegio de Arciprestes

CRÓNICA DE LA REUNIÓN DEL COLEGIO DE ARCIPRESTES

(28-4-2014)

El pasado 28 de abril tuvo lugar la habitual reunión trimestral del Colegio de Arciprestes presidido por el Vicario de Pastoral. Asistieron la práctica totalidad de los mismos. Tras el rezo de Hora Intermedia, se desarrolló la reunión siguiendo el orden del día previamente enviado.

El punto central giró en torno a la puesta en marcha de las Unidades Parroquiales. Se trabajó sobre un documento que recogía los diálogos realizados en los diferentes arciprestazgos sobre la cuestión a lo largo del trimestre pasado, muchos de los cuales estuvieron presididos por alguno de los Vicarios. Este documento nos sirvió para un diálogo muy participativo y enriquecedor. Descubriendo que hay más problemas que soluciones, se vio la conveniencia de ir avanzando poco a poco y dando pasos eficaces para la resolución de temas más concretos como los referentes al patrimonio y las celebraciones en espera de presbítero. Lo que se busca con las UP es garantizar una celebración digna del domingo, el trabajo continuo durante la semana y la formación de agentes evangelizadores. Igualmente el diálogo se centró en aspectos referentes a los nombramientos y, sobre todo, a la urgencia de marcar un horizonte amplio hacia el que caminar, con objetivos intermedios y acciones, que nos ayude a ir avanzando, poco a poco y con pluralidad, en la línea de crear comunidades evangelizadoras. Para ese horizonte es bueno que trabajemos por un cambio de mentalidad que nos ayude a escuchar lo que el Espíritu nos pide hoy en unas circunstancias tan cambiantes, valorando los gestos pequeños y sencillos que estamos haciendo para crear comunidad supraparroquial. Se subrayó también la importancia de trabajar más en equipo,

reforzando el trabajo arciprestal e incorporando la idea de territorio que nos aleje del parroquialismo.

Tras la pausa para el café, se abordó la cuestión de la formación permanente y de los retiros. Se ha hecho ya el calendario del próximo curso. Se ve la urgencia de que todas las reuniones sacerdotales coincidan en un único día en toda la diócesis, para favorecer la comunión, el intercambio, la diocesaneidad, la participación... Para ello, se acuerda escribir una carta a todos los sacerdotes, vía el arcipreste, en la que se invite a elegir el día de la semana que más nos convendría a todos. Se hará en los próximos días.

En el capítulo de informaciones se dialogó sobre las aportaciones del Consejo de Pastoral al plan diocesano; sobre el acompañamiento de padres de primera comunión y sobre temas menores como la organización administrativa y pastoral del COF, la fiesta de S. Juan de Ávila, la propuesta de la delegación de Pastoral Obrera de pasar por los arciprestazgos, la elección de arciprestes en el mes de septiembre y la convivencia final de los cesantes a final de curso.

En el capítulo de ruegos y preguntas se preguntó sobre el Libro de Familia, sobre la nueva página web de la Diócesis y sobre el cartel sobre las normas del Bautismo.

Llegadas las 14'30 h. se concluyó con una comida de hermandad.

FERNANDO GARCÍA CADIÑANOS



Delegación de infancia y juventud

I

BURGOS PARTICIPA EN EL PRIMER ENCUENTRO NACIONAL DE EQUIPOS DE PASTORAL JUVENIL

Con el lema “Id y anunciad” el departamento de juventud de la Conferencia Episcopal Española ha organizado por primera vez un encuentro de equipos de pastoral juvenil al que estaban convocadas cada una de las delegaciones diocesanas de juventud y algunos movimientos y religiosos representativos. Zaragoza acogió el último fin de semana de marzo esta reunión de jóvenes centrada en el primer anuncio. La Virgen desde la Basílica del Pilar nos dio la bienvenida y a ella fue dirigido nuestro primer saludo a las orillas del Ebro. Cinco componentes de la delegación diocesana de jóvenes participaron en esta convocatoria que comenzaba el viernes por la noche. Una vigilia de oración en torno a María nos mostró su experiencia de fe. La jornada del sábado comenzaba con la oración de laudes en la Seo y con la conferencia de Andrea Brugnoli sobre su experiencia parroquial de Centinelas de la mañana. El tiempo de la mañana y la tarde del sábado estuvo ocupado en los talleres sobre cursos Alpha, la experiencia francesa de anuncio así como la escuela de evangelización Emmanuel, el proceso de Acción Católica y los Cursillos de cristiandad, y la experiencia italiana de una luz en la noche. Los jóvenes españoles que ya han realizado la experiencia de centinelas nos dieron su testimonio en la noche del sábado y ayudaron en la oración ante el Señor con la adoración tal como se hace en esta experiencia de una luz en la noche. El trabajo en grupos y la experiencia del responsable de Alpha en España fueron las actividades del domingo, día en que el encuentro terminaba con la celebración de la eucaristía presidida por el obispo de Logroño y concelebrado por los obis-

pos de Zaragoza, Teruel y Solsona así como por los delegados y sacerdotes que trabajan en la pastoral con jóvenes.



* * *

II

LOS JÓVENES EN ORACIÓN CON EL PAPA BUENO Y CON EL PAPA GRANDE

El acontecimiento de la canonización de Juan XXIII y de Juan Pablo II ha marcado la Oración Joven del mes de abril. El grupo de jóvenes que se reunió el pasado viernes por la noche siguió el desarrollo de esta vigilia de oración ante el Santísimo intercalando momentos de silencio, canciones y textos sobre lo que cada uno de los dos papas santos habían dicho referido a la fe, los jóvenes, la familia y la paz. Se utilizaron varios símbolos en la

celebración tales como las velas encendidas portadas por varios de los participantes, el símbolo de la sal para dar sabor al mundo así como un gran rosario portado hasta el ambón en uno de los momentos. La música interpretada en la vigilia estaba tomada de los diferentes encuentros mundiales de jóvenes y de la banda sonora de la película referida al papa bueno. La proyección de dos reportajes al comienzo ayudó a acercar la vida de cada uno de los dos papas santos. Especialmente emotivo fue el momento final en el que D. Francisco, el arzobispo dio a venerar la pequeña reliquia de Juan Pablo II que tiene la diócesis para la parroquia que lleva su nombre.



* * *

Pregón de la Semana Santa

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA BURGALESA

(Catedral, 5-4-2014)



Sr. Arzobispo, Sr. Alcalde, Autoridades, Sr. Abad de la Semana Santa Burgalesa, cofrades, pueblo de Burgos, con la venia de todos ustedes. Con la venia de Burgos.

Una mañana bien temprano, allá por la primera semana del mes de Enero del año en curso, quien hoy les habla, caminante a la sazón por las calles de Madrid en un día lluvioso y frío, recibió una llamada telefónica del Alcalde de su ciudad natal.

–Feliz Año, Luis. –Feliz Año, Alcalde. Que venga bien para todos. –Tengo algo para ti. La Junta de la Semana Santa ha decidido que seas el Pregonero de la de este año que ahora comienza. Y me alegra mucho poder comunicártelo. –Muchas gracias, Alcalde. Me abruma el encargo. No sé si voy a ser capaz de estar a la altura. Tu llamada me agobia y me honra a la vez. Pero no sé si voy a saber estar a la altura.

Aquella llamada otorgaba al caminante uno de los mayores honores que en su vida hubiere recibido. Y no pude por menos, en aquel mismo momento, que recordar a mi padre, que desde muy joven me inculcó la idea de que las honras y los honores ni se buscan ni se rechazan. –Eres el Pregonero de la Semana Santa de tu ciudad, Luis. Serás un buen Pregonero. –Lo intentaré, Alcalde, lo intentaré.

Al término de aquella conversación, comencé a darme cuenta de la responsabilidad que había contraído. Caía sobre mis espaldas una obligación para cuyo cumplimiento no estaba especialmente preparado. Uno, que a lo largo de toda una vida siempre intensa algunas cosas ha tenido que pregonar, nunca pensó que tendría que hacerlo con una Semana Santa. En mi propia tierra, además. Y por si ello fuera poco, en la Nave Mayor de esta Iglesia Catedral a la que tanto quiero, y que de una forma tan especial ha influido en mi y en mi propia vida interior.

Tendría que pensar muy bien con qué objetivo final debiera escribir mi Pregón. Pregonar la Semana Santa pudiera ser, sin más, alabarla, cantar cuanto es y cuanto vale, ponerla públicamente a la altura que se merece, todo eso. Esta idea podría servir, pero a mi me parecía poco.

Y por otra parte, era yo muy consciente de que asumir una responsabilidad de este tipo, para conseguir objetivos mayores, exige siempre que quien la lleve a cabo tenga alguna cualificación especial que garantice la idoneidad de su elección. Virtud ésta de la que yo ciertamente carezco. Porque quien les habla no es más que un burgalés errante que ha estado ausente de la Semana Santa de su ciudad durante muchos años y que regresa hoy, entre impresionado y conmovido, para cumplir con su deber de Pregonero.

A este dilema me enfrentaba yo a lo largo de los días que siguieron a mi designación. Ceñirme a una solución convencional, o buscar algo más personal que traer ante ustedes. Y en ausencia de conocimientos y de ciencia, decidí traer aquí lo único que puedo asumir realmente como mío: mis propias emociones.

Porque pregonar la Semana Santa, pensé, pudiera consistir también en intentar tocar un poquito el corazón de los demás, una vez constatada la condición en la que se encuentra el de uno mismo, simplemente considerando que los días santos, sus vivencias y sus recuerdos, son capaces de marcar toda una vida. No en vano, en la celebración de la Semana Santa está todo lo que, en último extremo, define nuestra existencia: en ella están la muerte y la vida, el odio y el perdón, la tristeza y la alegría, la codicia y la generosidad, la traición y la lealtad, la desesperación y la esperanza infinita, el dolor y el consuelo, y el amor. En definitiva, todo un compendio de lo que son nuestras vidas.

Y elegí que este fuese el momento para ratificar yo mismo que esto es así, y contarle aquí, sin más. Que algo de lo que en mi hubiese significado la Semana Santa, y cuanto me hubiese hecho de bien, pudiera yo extenderlo hacia quienes me escuchan, otorgando a los días que vienen un valor interior y del espíritu que trascienda la pura solemnidad de las celebraciones, para llevarnos a una reflexión, bien que de un hombre de la calle, sobre cómo, y en qué dirección, debiera avanzar la vida de cada uno de nosotros.

Y así anduve unos días, recordando las Semanas Santas del niño que fui, porque las del adulto transcurrieron, por razones de índole diversa, fuera de la ciudad. Aquellos días de mi niñez venían a mi memoria como tiempos de intensidad y fervor, tiempos de piedad y de buenos propósitos. Y comenzaron a pasar por mi mente, nítidos, como si fueran de ayer mismo, detalles de aquella vida feliz.

Semanas Santas había una cada año. Pero recuerdo muy bien que cada una la vivíamos entonces como si fuera la primera, casi como si no fuera a haber ninguna más. Los Domingos de Ramos eran, por obligación, días de sol y de palmas. Palmas adornadas con rosquillas de dulce que mis tías nos compraban a los hermanos, y que llevábamos orgullosos a aquellas Misas tan largas para que nos las bendijeran, y comernos los dulces benditos después. Las emociones más fuertes llegaban con la aparición de la borriquilla, recibida casi dos mil años más tarde igual que Jesús fue recibido en Jerusalén, con palmas y vítores.

Y las preguntas del niño a quien se dejara hacerlas, un año tras otro siempre las mismas, que por qué si al entrar Jesús en Jerusalén le recibieron como nosotros hoy, los mismos que le aclamaban iban a matarle unos días después. Nosotros no vamos a hacer eso, verdad, tía? Nosotros le queremos. Bendita la mente lógica de un niño de pocos años!

La siguiente oleada de recuerdos me llegaba con mi Colegio de La Merced, y con la iglesia de los Jesuitas, de la que salía el primero de los pasos de la procesión de Viernes Santo, la Oración del Huerto, al que tantas ve-

ces acompañé en el desfile de la tarde noche, unas veces vestido de romano, otras de cruzado, con la Congregación Mariana, y luego ya, de mayorcito, de capuchón. Las noches de Viernes Santo eran especiales, de silencio y recogimiento, y de puesta de manifiesto, claro está que sin saberlo, de aquello que mi abuela materna me recordaba siempre, del Santo Temor de Dios, en el que fui educado desde muy pequeño.

Cronológicamente, en aquellos tiempos, a la procesión del Domingo de Ramos le seguía la del Martes Santo. Y después la del Jueves, la procesión del Santo Encuentro, con las dos parroquias, alrededor cada cual de su paso, el de Jesús y el de Su Madre Santísima, que venían a encontrarse en silencio, arropados por la devoción y la congoja, a partes iguales, de los burgaleses de entonces.

De Jueves a Viernes Santo hacíamos las Estaciones. Siete, a siete padrenuestros y avemarías por Estación, sin gloriapatri, que dentro de nada llegará la muerte de Jesús. Siete Estaciones suponían casi todas las iglesias mayores de Burgos, y ese día sí, las recorriamos con mis padres, una a una, despacito y sin prisas, Viva Jesús Sacramentado, viva y de todos sea amado! Y luego los padrenuestros. Mis padres aquella tarde se vestían de oscuro, y nos ponían corbata a los niños, tarde de gran solemnidad. A la salida de las iglesias todo el mundo conocía y se paraba con todo el mundo, amigos y vecinos, y todos los mayores se saludaban muy serios, con enorme respeto, como si algo muy grave y que afectaba a todos hubiera pasado o fuera a pasar. Como si de verdad estuvieran esperando lo que esperaban, la muerte del Señor.

El viernes Santo era la procesión mayor, la del Santo Entierro. Hasta catorce pasos salían en ella, y antes de prepararnos para salir nosotros los contábamos uno a uno, y reconstruíamos mentalmente la pasión y muerte de Jesús, que vivíamos después ya desde dentro, yo siempre con la Oración del Huerto, y unos y otros amigos con otros pasos distintos, según con qué Cofradías fueran, con capas y capuchones de colores diferentes, pero todos con la misma emoción contenida y con un fervor muy especial. En mi memoria infantil, de las procesiones de Viernes Santo permanecen dos imágenes quizá menores, pero que asaltaban mi mente de niño un año sí y otro también, en aquellas noches de viernes dormidas en el silencio. Uno de ellos eran los penitentes que acompañaban a un paso, descalzos y con la cruz a cuestas. La mayor parte de ellos se cubría el rostro, y al ver aquellas figuras dolientes, con los pies sangrando y el cuerpo humillado por el peso de la cruz, las buenas gentes de alrededor se preguntaban, o hacían cábalas, sobre quién o quiénes pudieran ser aquéllos, que en una ciudad pequeña nos conocíamos todos, y qué circunstancia concreta de sus vidas hubiera podido llevarles a tener que pagar por ella semejante precio.

También tengo mi memoria marcada por otro tipo de penitentes: los que seguían los pasos con los pies descalzos enroscados en cadenas. Y con ellos, mi inquietud era la misma: por qué? La propia vida se encargaría de contestarme, con los años, con toda exactitud.

En los días Santos, en aquellos tiempos, no había radios, salvo para tratar asuntos sacros, ni músicas, ni cines. Todo quedaba en suspenso y en silencio hasta la resurrección del Señor. Con lo cual nuestros pensamientos se quedaban varados en las procesiones, en los oficios, y en el Sermón de las Siete Palabras, que mi abuela materna, que pasó toda una vida en silla de ruedas, oía por Radio Castilla en las mañanas de Viernes Santo, con los nietos, nosotros, sentados todos a su alrededor.

El Sábado Santo salía la procesión de la Soledad, y la tradición mandaba que en honor de la Virgen, y por su intercesión, un preso recuperara su libertad, y hacía la procesión detrás de la carroza de Nuestra Señora, siempre a cara descubierta y a veces descalzo, como si todo aquello fuese escaso tributo por la libertad recobrada, o quizás agradeciendo a la Dolorosa su favor.

Y con el Domingo de Resurrección, la vida volvía a la normalidad. Cristo había resucitado, la fe triunfaba, y con todo ello los niños reencontrábamos la ilusión de volver a sentir como niños, después de que el recogimiento y el silencio de los días pasados hubiera obrado en nosotros una especie de milagro, porque volvíamos a estar convencidos de que teníamos que ser mejores. Jesús ha resucitado! Aleluya! Y la misa del Domingo de Pascua se hacía ya con el cirio encendido, y con nuestros corazones alegres, y el propósito abierto de ser buenos, de acordarnos de Dios y de honrarle todos los días.

Todo esto pensaba yo según me iba viendo con la responsabilidad del Pregón a mis espaldas. Y pasé unos días sintiendo la nostalgia del recuerdo, de la niñez pasada, de la bendita ingenuidad perdida, de aquel mundo pequeño de hace ya más de medio siglo, y que irremisiblemente ya se fue. Y todo ello me iba tocando el corazón, y haciéndome sentir la Semana Santa como una gran conjunción de vivencias, de sentimientos y de emociones que, de no haber sido porque el Pregón debía ser escrito, seguramente hubiera sido difícil recobrar, porque la niñez perdida ya nunca va a volver. Mi esquema mental de Pregonero iba quemando etapas: tengo una emoción que transmitir, tengo que trasladar a mis conciudadanos algo de cuanto la Semana Santa me hacía sentir, todo eso está bien, pero el Pregón se me quedaba corto y mis ideas, al llegar aquí, se atascaban. Todo eso está bien, pero no es suficiente. Mi vida es una larga vida, no sólo la niñez, y el Pregón debe reflejar también el resto, la parte más compleja de la vida del hombre, en la que por fuerza el recuerdo y la emoción deben quedar

subordinados a la reflexión, al dónde estamos y a dónde queremos ir. Ya no es tanto lo que quede dentro de nosotros de aquellas Semanas Santas, cuanto cómo debiéramos vivir las que nos queden, con qué convicciones, atravesando qué caminos, buscando de dónde sacar las fuerzas para llegar con bien al final. Tenía que tratar todo aquello, y lo cierto es que era Marzo ya, y este Pregonero seguía sin saber cómo hacerlo.

Y de repente, una puerta se abrió delante de mi, y no pudo ser por casualidad. En otra de mis caminatas madrileñas propiciadas por mi reciente retiro profesional, me vinieron a la cabeza unos versos de un soneto que siempre pensé que era de Lope de Vega, y que no por ya conocido me resultaba menos emocionante según iba repasando mentalmente lo que podía recordar de él. De forma súbita, el “No me mueve mi Dios, para quererte” se me quedó dentro, y se resistía a marcharse aunque tuviera la necesidad, o la intención, de pensar en otras cosas.

Hubiera asegurado que el soneto, hace ya algunos años, me lo supe de memoria. Y sin embargo, el día en que volví a toparme como por casualidad con el primer verso, vi que no podía recordar de seguido los catorce.

Inquieto por aquel hallazgo, inicié una búsqueda del soneto que rindió fruto al instante. Lo leí, lo releí, y convine conmigo mismo en que no había razón normal para que aquello me hubiera venido a la cabeza de repente y después de tanto tiempo. Ya está, pensé. Es providencial. Esto no me ha llegado porque sí. El soneto es la parte que me falta del Pregón. Todo lo que va por delante no es más que un prólogo. El soneto va a ser el nudo del Pregón!

Y desde entonces no dejé de darle vueltas, recitándole cuarteto a cuarteto y terceto a terceto, de uno en uno y luego todos seguidos. Después me asaltaron las dudas sobre en cuántos Pregones de Semana Santa, en Burgos o en otros sitios, se habría recitado antes el soneto, de una u otra forma, porque a todo se presta su sentido profundo y su belleza formal.

Y lo cierto es que me dio lo mismo. El soneto iba a propiciar, definitivamente, la parte que me faltaba del Pregón. Si tenía ya decidido que su objetivo podría ser intentar tocar el corazón de mis conciudadanos basándose en los sentimientos en mi generados por la Semana Santa, esto es, por la consideración de los misterios que encierran la Pasión, la Muerte, y la Resurrección de Jesús, el soneto iba a ser, con toda seguridad, la pieza clave para intentar lograr mi propósito, la llave maestra de mi Pregón. Aquello no me había venido a la cabeza porque sí.

Supe después que la autoría de Lope no estaba definitivamente clara. Y que se hablaba también de San Ignacio, de Santa Teresa, o de San Juan de Ávila. Y qué más daba! Quien hubiera compuesto aquello, tuvo por fuerza

que haberlo hecho delante de un crucifijo, tal y como nos enteramos en aquellos Ejercicios Espirituales del último curso del Colegio, que recomendaba San Ignacio rezar. Y aunque el valor espiritual del soneto se mantuviera en todo tiempo y ocasión, la quintaesencia formal de la Semana Santa no puede ser otra que una imagen de Cristo Crucificado. El soneto y la Semana Santa quedaban pues, para este Pregonero, argumentalmente unidos.

El soneto dice así: No me mueve, mi Dios, para quererte/////el cielo que me tienes prometido/////Ni me mueve el infierno, tan temido,/////para dejar, por eso, de ofenderte.///// No me mueve, mi Dios. Muéveme el verte/////clavado en una cruz, y escarnecido.///// Muéveme ver tu cuerpo tan herido///// muéveme tus afrentas y tu muerte./////Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,/////que aunque no hubiera cielo, yo te amara/////y aunque no hubiera infierno te temiera./////No me tienes que dar porque te quiera/////pues aunque lo que espero, no esperara,/////Lo mismo que te quiero, te quisiera.

Efectivamente: de esos catorce versos se desprendían algunos conceptos sobre los que yo quería hablar en el Pregón. Y se desprendían sin la necesidad de hacer alardes doctrinales, ni de elaborar teorías complejas, ni tan siquiera de entrar en discusiones elevadas. En la emoción que el soneto generaba en mí pude yo ver parte de mi vida, la pasada y la presente, la que fue y la que habrá de ser, y todo ello lo vi girar alrededor de tres ideas, el Temor de Dios, la Misericordia Divina y el Amor a Dios, que en mi propia existencia han jugado, y pido a Dios que sigan jugando, un papel primordial. Y a esta consideración obedecen las reflexiones siguientes.

La Semana Santa es tiempo propicio para reafirmarnos en el Santo Temor de Dios.

Cuando siendo niño mi abuela me hablaba de aquello, yo no sabía muy bien lo que era. Pero detrás de aquella expresión tan rotunda veía, seguramente, a un Dios justiciero, capaz de castigar, al que había que temer, y ante quien tendríamos que responder si no nos comportásemos como debíamos. El soneto habla también del infierno, y su misma idea siempre, y muy especialmente de niño, ha causado en mí una profunda impresión. Pero lo cierto es que, en el fondo, aquel temor a Dios a mí nunca me pareció mal. Después supe que era, incluso, uno de los dones del Espíritu Santo. No sé por qué me da que, con el paso de los años, todos hemos dejado de hacer hincapié en el Temor de Dios. Como si, de una forma deliberada, hubiésemos querido olvidarlo un poco. Y no sé si eso es una buena cosa. Quizá nos hayamos inclinado más a pensar en él como puro respeto, porque sin respeto tampoco el amor cabe. Pero el Santo Temor no puede ser miedo a la venganza de Dios, porque la venganza de Dios no existe. El temor de Dios ha de ser a su justicia perfecta, nace derivado de nuestra conciencia

de culpa, se siente ante la perspectiva del castigo divino, y encuentra en su Divina Misericordia el gran factor de compensación, porque seguro que Dios quiere la salvación de todos. El sentimiento que en nosotros causa la justicia divina, sentimiento de culpa y de temor, se palia y compensa por la misericordia de Dios, porque Dios tiene que ser a la vez Justicia y Misericordia al ciento por ciento.

En estos tiempos que corren, tiempos de dificultad, de aglomeración, de fe vivida-si es que se vive-a toda prisa, de confusión, de prioridades mal entendidas, de alejamiento de la fe de nuestros padres, la consideración de la Misericordia Divina como un último asidero al que poderse agarrar cuando la tribulación se ceba con nosotros es como un bálsamo para el espíritu al que debemos recurrir, porque Dios es misericordioso, infinitamente misericordioso, y nos ha concedido ese derecho.

Hace unos años, en un viaje a Cracovia, acudimos Tere, mi mujer, y yo, en compañía de unos muy queridos amigos, a rezar un padrenuestro al Santuario de la Divina Misericordia, levantado al lado del convento en el que vivió Santa Faustina Kowalska, la monja polaca canonizada por Juan Pablo II y hoy la gran apóstol de esta devoción. Trajimos de aquella visita una frase que cobra sentido especial hoy, en este recorrido vital que el soneto del Pregón va marcándome según voy desgranando estas líneas. Y la frase dice así: la última tabla de salvación es recurrir a la Misericordia de Dios.

El Papa Francisco es para los antiguos alumnos de jesuitas, creyentes o no, y aunque no le hayamos conocido en persona, como un amigo al que hubiésemos conseguido aupar al frente de la Iglesia en Roma. No he encontrado a uno solo de mis condiscípulos que no haya tenido en algún momento una sensación de ese tipo, y quizá por ello su elección nos causó una impresión tan profunda. Pues bien, Francisco, nuestro amigo, en su misma ceremonia de toma de posesión, celebrada precisamente el día de la Divina Misericordia, vuelve a sacar a relucir la misma idea. Uno de sus primeros mensajes fue que nos dejáramos envolver por la misericordia de Dios. Y que en ello encontraríamos también nosotros fuerza para ser más misericordiosos, más pacientes, y una mayor capacidad para perdonar y para amar.

Y el soneto nos va conduciendo del Temor de Dios a la Misericordia, y de la Misericordia al Amor de Dios. Aunque no hubiese cielo, yo te amara, nos dice. El final es el amor a Dios por Sí mismo, por su bondad infinita. La aspiración máxima, amar a Dios sin necesidad de premio, sin amenaza de castigo. La fe de niño, la piedad popular, encuentran su contenido en el temor al destino dudoso del hombre. Y los versos del soneto del Pregón nos van llevando a olvidar castigos y premios para hacer surgir, de lo más

profundo del ser humano, un amor que nace a borbotones de la propia contemplación de la imagen del Crucificado.

Amar a Dios sin temor al castigo, temiendo sólo no ser dignos de El, temiendo no saber corresponder, con el coraje y la generosidad que derivan de que El nos amase primero. No me tienes que dar porque te quiera, porque aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero, te quisiera. A Él, a todo un Dios que entregó su vida por nosotros. Y su muerte hace que el temor se convierta en perdón, la creación en redención, la justicia en misericordia y la vida en esperanza.

Quizás, y llegados a este punto, casi ya el final de la historia de mi Pregón, mi deformación profesional me iba marcando que lo último que me quedaba por cerrar de cuanto iba reflexionando y escribiendo eran sus implicaciones prácticas. Implicaciones prácticas para mí, para quienes me escuchan, para quien sienta la necesidad de conmemorar la Semana Santa que hoy declaramos abierta con alguna, por fuerza modesta, regla de vida. Bueno, y con esto, ahora, qué? Pero lo cierto es que tal misión, creo yo, no le corresponde ya a este Pregonero. Hay en ella una labor individual, como una brújula interior que habremos de buscar para que nos vaya guiando. Y en la convicción de que esto es así, voy a contarles una historia.

Una historia que aprendí aquí, en Burgos, de niño, en el Colegio de mi madre. La historia, el cuento, o lo que fuere, la saqué de algún libro que nunca pude volver a encontrar, con lo cual quizás lo que les cuente esté deformado ya por el paso del tiempo y por mi propia intencionalidad, pero da igual, creo yo. Verán cómo en ello está plasmada esa relación con Dios a la que me he ido refiriendo hace unos minutos de una forma sencilla y profundísima a la vez, como si al autor de estas líneas se le hubiera ocurrido pasar por el tamiz del corazón de un hombre de campo llamado Juan una buena parte de las reflexiones que he ido haciendo hace unos minutos a partir de los versos del soneto que una vez creí de Lope de Vega.

Y esta es la historia que quiero contarles:

Era una vez un hombre bueno y temeroso de Dios llamado Juan. Juan era campesino y tenía mujer, y cinco hijos, y su bienestar dependía de la tierra, y del tiempo, de la lluvia y del sol, de las heladas y del granizo. Siempre fue pobre, pero sobrellevó la pobreza con dignidad y esperanza. Sin que la escasez y las preocupaciones le llevaran a olvidar dar gracias a Dios por la vida cada día que pasaba. Tenía Juan por costumbre, al final de su jornada, pasar por la iglesia de su pueblo y ponerse de rodillas ante la imagen del Cristo del lugar, y decirle con humildad, y por toda oración, una frase que le venía repitiendo en aquellas visitas, tarde a tarde, desde joven: Señor, aquí está Juan.

Años hubo en que la cosecha fue mala, y sus hijos apenas tuvieron de qué alimentarse, pero el proceder de Juan no cambiaba con los vaivenes que la vida iba teniendo, y su oración diaria, postrado ante la imagen de Cristo, seguía siendo la misma: Señor, aquí está Juan.

Años más tarde, la enfermedad hizo presa en sus hijos, y tuvo que cuidarles, y trabajar más para poderles sacar adelante. Uno de ellos, el quinto, murió con pocos años, pero en la vida de su padre se mantuvo firme el hábito de acudir, un día sí y otro también, a visitar al Cristo de su iglesia, y repetirle, hundido por el dolor, pero sin queja alguna, la oración de cada día: Señor, aquí está Juan.

Y cuando tuvo conciencia de haberle vuelto la espalda al Señor, porque de todo hubo en su vida, la petición de perdón fue también la misma, que bien sabía Dios como era Juan, y bien sabía él que no tenía otra manera de hacerlo. Y así un día tras otro, en la enfermedad y en la salud, en la felicidad y en la desgracia, en la pobreza y en los años de alguna abundancia, el protagonista de nuestra historia siguió siempre con la misma oración en los labios para cerrar el día a los pies del Cristo de la iglesia de su pueblo: Señor, aquí está Juan.

Y como a todos nos ha de llegar, le llegó a Juan el momento de la muerte. Y dejó el mundo de los vivos, y tuvo que cruzar un oscuro y estrecho pasillo que le condujo a una estancia luminosa en la que encontró esperándole a un viejo amigo: el Crucificado de la imagen de su iglesia.

Y nuestro hombre, al verle, se echó de rodillas, y como había hecho en todos y cada uno de los días de su vida, acertó a decirle a quien le esperaba una frase cuyo destinatario conocía muy bien: Señor, aquí está Juan.

Y entonces el Señor le bendijo, le abrazó, y le abrió las puertas del cielo de par en par.

No me resta ya sino proclamar abiertas las solemnidades de la Semana Santa Burgalesa del año de gracia de 2014. Que nuestra Semana Santa traiga bienes para todos los que viven y habitan en esta ciudad. Tanto de carácter material, que falta hará, en estos tiempos duros de crisis, como de carácter espiritual.

A quien nos visite, paz y bien. A quienes aquí moran, que el amor fraterno y el respeto a los demás impregnen sus vidas, y hagan así de la ciudad un núcleo de convivencia abierto y generoso. A quienes nos rigen, clarividencia y magnanimidad. Y todo ello bajo la mirada del Santísimo Cristo de Burgos, felizmente vuelto ya a nuestra Catedral, a Quien pido su bendición para todos. Muchas gracias.

LUIS ABRIL PÉREZ

Copia del Santo Cristo de Burgos

I

BENDICIÓN DE LA COPIA DEL CRISTO DE BURGOS

El día 12 de abril, tras la bendición por parte del Sr. Arzobispo, se presentó al público la copia del Santo Cristo de Burgos, encargada por el Cabildo Metropolitano, con el fin de poder procesionarla en la Semana Santa de la ciudad y en el día de su Fiesta, 14 de septiembre.





II

DESCENDIMIENTO

La capital burgalesa acogió uno de los actos de la primera Semana Santa declarada de Interés Turístico Nacional, con la incorporación al programa de actos del Descendimiento de la cruz del Cristo de Burgos. Cientos de personas se apostaron en una abarrotada Plaza de Santa María para contemplar una imagen nunca vista en Burgos en la mañana del Viernes Santo, el abrazo de la Virgen de la Consolación con su hijo Jesucristo inerte.

El arzobispo de Burgos, Francisco Gil Hellín, acompañado de las autoridades civiles y religiosas presidió el acto del Descendimiento, que dio comienzo a las 13.00 horas. Numeroso público se concentró ante la fachada principal de la seo burgalesa para ver la llegada de la Virgen de la Conso-



lación, que partió de la iglesia de Santa Águeda acompañada por todas las cofradías que conforman la Junta de la Semana Santa de Burgos.

La imagen llegó a los pies de la catedral precedida por el Santo Cristo de Burgos, una réplica de la talla del siglo XIV que veneran fieles y visitantes en el interior del templo gótico. Ante el sonido de las cornetas y los tambores, la Virgen –ataviada con un manto negro en señal de luto– cedió el protagonismo al Cristo de Burgos, que fue levantado por seis cofrades de la Hermandad del Santo Cristo.

El levantamiento del Cristo de Burgos fue uno de los momentos más emotivos, y el que captaron los cientos de dispositivos móviles de cuantas personas decidieron acercarse hoy a contemplar este acto religioso. En un silencio roto sólo por los aplausos, los cofrades despojaron a la talla de sus vestiduras, al igual que lo hicieran los discípulos a Jesucristo, según narran las Santas Escrituras. Ante la mirada de su madre, la Virgen de la Consolación, el Cristo de Burgos tomó altura en un silencio solo roto por los aplausos de los fieles.

Poco después, los cofrades fueron los encargados de eliminar los clavos de la piel de Cristo para ayudarlo a descender de la Cruz. Un momento muy emotivo, que fue seguido por cientos de personas en un silencio máximo. El cuerpo inerte del hijo de Dios fue depositado en unas andas que llegaron minutos después a los brazos de la Virgen de la Consolación.

Diario de Burgos



Las Edades del Hombre

I

DESDE ARANDA DE DUERO... HASTA PUYO (Ecuador)

GESTO SOLIDARIO

*con motivo de la exposición Eucharistia
("Las Edades del Hombre" 2014)*

*"Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión,
en la fracción del pan y en las oraciones.
Los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían
posesiones y bienes
y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno"
(Hch 2,42-45)*

Queremos financiar la construcción de una capilla en la comunidad de Putimi, en el Vicariato apostólico de Puyo (en la selva de Ecuador), donde está como obispo un misionero de la Ribera del Duero, Rafael Cob. No tienen templo, pero están dispuestos a colaborar en su construcción si nosotros les ayudamos. El coste del proyecto es de 24.886 \$ (unos 18.000 €).

- El gesto se inició en la Semana arciprestal de Aranda de Duero, el 31 de marzo, y estará abierto hasta la clausura de *Eucharistia*, el 10 de noviembre.
- Desde Aranda invitamos a participar al resto de las comunidades de la Iglesia de Burgos, y también a los visitantes de *Eucharistia*, como

un sencillo gesto de que la Eucaristía es *vinculum caritatis*, compromiso de solidaridad y servicio, como aparece en el capítulo IV de la exposición.

- Las aportaciones se recogen en todas las parroquias de Aranda, y también se pueden hacer llegar a la cuenta del arciprestazgo (en Caja Círculo – IberCaja):

ES08 2086 7081 8000 0023 1054



II

VICARIATO APOSTOLICO DE PUYO “CONSTRUCCIÓN DE UNA CAPILLA EN LA COMUNIDAD DE PUTIMI, PERTENECIENTE A LA ZONA PASTORAL DE SHELL”

1. Datos Generales:

- 1.1. Responsable del Proyecto: P. Roberto Sánchez
Apartado 16-01-749 PUYO-PASTAZA (Ecuador)
- 1.2. Vicariato Apostólico de Puyo – Ecuador ZONA PASTORAL SHELL

2. Proyectos Parroquiales:

La comunidad de Putimi está ubicada en la Vía a la Encañada Km. 9, civilmente pertenece a la Parroquia Tarqui, Cantón y Provincia de Pastaza. En la comunidad habitan 322 personas pertenecientes a 82 familias.

El tipo de vivienda que los moradores de la Comunidad utilizaban eran construidas con paja, cubierta de chonta o guadua, pero en el transcurso del tiempo el 30% están fabricadas de tipo mixto con madera y techo de zinc y el 70% son construidas de hormigón, una parte en convenio con el MIDUVI.

El sustento de las familias en su mayoría es la agricultura, resaltando la producción de caña, y un porcentaje se dedica a la explotación de madera.

En lo religioso viven su fe a su manera, están hambrientos de Dios, ya que cuando se celebran los sacramentos participan muy activamente. Para la formación y celebración de sacramentos nos reunimos en la Casa de la Mujer, un lugar prestado por la comunidad, con las consiguientes dificultades para la coordinación.

3. Razones para la necesidad de la construcción:

- La Eucaristía se realiza cada mes y participan unas 60 personas, hay 50 niños en la catequesis y la comunidad cuenta con 4 catequistas; se dificulta la realización más periódica de la eucaristía por la falta de un lugar adecuado para la celebración.
- Esta comunidad es visitada periódicamente por el equipo misionero que atiende la zona de Shell.
- Existe predisposición de la comunidad católica para cooperar en la construcción del templo.
- En la comunidad, el equipo misionero no cuenta con ninguna edificación destinada a los fines pastorales, la catequesis se realiza en las casas de las catequistas.

4. Planos de construcción.

Se cuenta con los planos de la construcción.

5. Costo de edificación:

El costo del proyecto es de **24.886'24 dólares.**

6. Aporte de la Comunidad:

Materiales del medio y mano de obra no cualificada.

✠ MONS. RAFAEL COB GARCÍA

*** * ***

III

DATOS DE PARROQUIAS Y COMUNIDADES RELIGIOSAS DE ARANDA DE DUERO

(arciprestazgodearanda@gmail.com)

1. Parroquia de Santa María

Plaza Santa María 5, Tfnos.: 947 50 93 23 / 696 67 13 04

Sacerdote: José Luis Guijarro jlgujarro2007@hotmail.com

- Horario de misas:
 - de lunes a sábado: **12 h.** (sala de c/ Cascajar 5).
 - vísperas de fiesta: **20 h.** (sala de c/ Cascajar 5).
 - domingos y festivos: **12 h.** y **13 h.** (c/ San Juan, Universidad de la Experiencia).
- Misa en la ermita de la *Virgen de las Viñas*: domingos y festivos a las **10 h.**
- Capilla de c/ Cascajar 5, abierta para la oración en los horarios de visita a la exposición *Eucharistia*.

2. Parroquia de Santo Domingo

Avda. Ruperta Baraya 10 Tfno.: 947 50 12 22

santodomingoaranda@gmail.com

Sacerdotes: Antonio Moral y Rubén Manrique

- Horario de misas:
 - de lunes a sábado: **10 h.** y **20 h.**
 - domingos y festivos: **10 h.**, **12 h.**, **13 h.** y **18 h.** (las misas de 12 h. y 18 h. se suprimen en julio, agosto y septiembre).

3. Parroquia de San Juan de la Vera Cruz

Avda. El Ferial 5 Tfno.: 947 05 80 66

Sacerdotes: Elías Cámara eliascamara@gmail.com

Raúl Pereda, rpereda27@gmail.com

- Horario de misas:
 - de lunes a sábado: **12'30 h.** y **19'30 h.** (la misa de 12'30 h. los jueves se adelanta a las 10'30 h., y los miércoles no hay).
 - domingos y festivos: **11'45 h.**, **13 h.** y **19 h.** (la misa de 11'45 h. se adelanta a las 10 h. del 6 de julio al 19 de septiembre).

4. *Parroquia de Santa Catalina*

Avda. Burgos 7 Tfno.: 947 50 19 51

Sacerdotes: Juan Carlos Argüeso

Carmelo Gil jacar.17@hotmail.com 947 50 18 74

- Horario de misas:
 - de lunes a sábado: **10'15 h.** y **20 h.** (la misa de 20 h. se suprime en julio y agosto).
 - domingos y festivos: **9 h.**, **12 h.**, **13 h.** y **18'30 h.** (las misas de 12 h. y 18'30 h. se suprimen en julio, agosto y septiembre).

5. *Parroquia del Patriarca San José*

C/ Pisuerga 6 Tfnos.: 947 50 86 50 / 699 16 68 61

Sacerdote: José Luis de Pedro joseluisde.pedro@archiburgos.es

- Horario de misas:
 - de lunes a sábado: **10 h.** y **20 h.**
 - domingos y festivos: **11'30 h.**, **13 h.** y **18 h.** (la misa de 18 h. se suprime del 29 de junio al 28 de septiembre).

6. *Parroquia de San Pedro Regalado*

Avda. Goya 5 Tfnos.: 947 51 07 80 / 608 90 91 20

Sacerdote: José Luis Lastra joseluis.lastra@archiburgos.es

- Horario de misas:
 - vísperas de fiesta: **19'30 h.**
 - domingos y festivos: **11'30 h.** y **12'30 h.** (la misa de 11'30 h. se suprime del 22 de junio al 21 de septiembre).

7. *Parroquia de San Nicolás de Bari (Sinovas)*

Barrio de Sinovas Tfno.: 670 88 49 57

Sacerdote: Raúl Pereda rpereda27@gmail.com

- Horario de misas:
 - domingos y festivos: **13'15** h. (la misa de 13'15 h. se adelanta a las 11'45 del 6 de julio al 21 de septiembre).

8. *Claretianos*

Plaza Padre Claret s/n Tfno.: 947 50 01 18

joscmaf@gmail.com

- Horario de misas:
 - de lunes a sábado: **8 h., 12 h. y 20'30 h.**
 - domingos y festivos: **9 h., 12 h., 13 h. y 20'30 h.**

9. *Hermanitas de los Ancianos*

C/ Santa Teresa Jornet s/n Tfno.: 947 50 25 00

hadaranda@gmail.com

- Horario de misas:
 - de lunes a sábado: **9'15 h.**
 - domingos y festivos: **11 h.**

10. *Benedictinas*

Carretera Valladolid 68 Tfno.: 947 50 05 73

benedictinas@gmail.com

- Horario de misas:
 - de lunes a sábado: **9 h.**
 - domingos y festivos: **10'30 h.**
- Posibilidad de comida para grupos con previo aviso.

11. *Hijas de la Caridad*

C/ San Francisco 12 Tfno.: 947 50 01 75

comunidad@hijasdelacaridad.org

12. Dominicas de la enseñanza

C/ Santo Domingo 28 Tfno.: 947 50 08 00
dominicas@planalfa.es

13. Hermanos de San Gabriel

Carretera de La Aguilera km. 6'5 Tfno.: 947 54 50 06
info@colegiosangabriel.es

- Aulas, comedor, espacios al aire libre...

14. Religiosas Iesu Communio

La Aguilera Tfno.: 947 54 69 54 www.iesucommunio.com

*** * ***

Noticias de interés

NOTICIAS DIOCESANAS

- Con motivo de la canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II, nuestra diócesis está viviendo diversos acontecimientos para festejar tan irrepetible circunstancia. Así, tras la Oración joven y el estreno del musical Sicut Dixit, llega el turno a dos CONFERENCIAS sobre los nuevos santos Juan XXIII y Juan Pablo II: Día 28 de abril: *“La figura de Juan XXIII”* a cargo de D. Joaquín Luis Ortega, apreciado y conocidísimo sacerdote burgalés, director de la BAC. Casa de la Cultura de Gamonal. 20.00 h. Día 29: *“Juan Pablo II, el Papa de la familia”*, a cargo del P. Juan de Dios Larrú, DCJM. Lugar: Auditorio del Círculo de Julio Sáez de la Hoya a las 20:00h. El P. Juan de Dios es Doctor en Teología por el Instituto Pontificio Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia, Profesor de Teología Moral en Madrid y Valencia, Decano del Instituto Pontificio Juan Pablo II (sede española), Director académico del Master de pastoral familiar del Instituto Juan Pablo II, y Presidente de la asociación Persona y Familia.
- El día 27 de abril, en el Monasterio de Santa Clara de Belorado hizo su Profesión temporal Sor María Sión de la Trinidad. La celebración estuvo presidida por el P. Rafael Belda y concelebrada por 14 sacerdotes. Y fue tan bella que uno se sentía, sin querer, transportado a otro mundo. La Iglesia del convento estaba a rebosar de familiares y amigos de la neo-profesa que gozaron con ella y por ella rezaron. Para ella y para toda la Comunidad de Belorado-Derio, nuestra más sincera felicitación. Las fotos que siguen dan fe de lo allí vivido.



- El pasado 23 de abril, los 26 capitulares de las diez comunidades que componen la provincia carmelitana de Burgos han elegido al burgalés P. Carmelo Hernández Gallo como superior provincial de esta demarcación, a la que también llaman “San Juan de la Cruz”, y que está compuesta por comunidades de España, Uruguay, Paraguay y Bolivia. El P. Hernández sucede así en el cargo al P. Pedro Tomás Navajas. El P. Carmelo Hernández es burgalés de nacimiento y hasta ahora ha sido prior del convento de Burgos. Tras la elección, el nuevo provincial ha realizado la Profesión de fe y “los hermanos capitulares y los hermanos de Burgos han entonado el Te Deum y han dado al padre Carmelo el abrazo fraterno, encomendando su misión a la Madre del Carmelo y al Señor Resucitado”.



* * *

Comunicados eclesiales

Conferencia Episcopal

I

EL PRESIDENTE DE LA CEE, MONS. BLÁZQUEZ, VIAJARÁ A ROMA PARA PARTICIPAR EN LAS CANONIZACIONES DE JUAN XXIII Y JUAN PABLO II

El Arzobispo de Valladolid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE), Mons. D. **Ricardo Blázquez Pérez**, viajará a Roma para participar en las canonizaciones de los papas **Juan XXIII** y **Juan Pablo II**, que se celebrarán este próximo domingo, 27 de abril, festividad de la Divina Misericordia, a las 10 horas en la Plaza de San Pedro de El Vaticano.

A la ceremonia asistirán también Mons. D. **Carlos Osoro Sierra**, Arzobispo de Valencia y Vicepresidente de la CEE, y el Secretario General y Portavoz, D. **José María Gil Tamayo**. Además, está prevista la participación de numerosos obispos y fieles españoles, que se desplazarán en peregrinaciones organizadas desde las diócesis.

El Departamento de Juventud de la CEE ha coordinado una peregrinación, en bus y en barco, en la que viajarán casi 600 jóvenes, de entre 15 y 35 años, acompañados por los obispos de Astorga y de San Sebastián.

Angelo Giuseppe Roncalli (Juan XXIII, 1958-1963) fue beatificado, precisamente por **Juan Pablo II**, el 3 de septiembre del año 2000. Su fiesta litúrgica se celebra el 11 de octubre. Visitó España, como Cardenal, dos veces, en 1950 y 1954.

Karol Józef Wojtyła (Juan Pablo II, 1978-2005) fue beatificado por **Benedito XVI** el 1 de mayo de 2011. Su festividad se celebra el 22 de octubre. Visitó España, ya como Papa, en cinco ocasiones (1982, 1984, 1989, 1993 y 2003).

Santo Padre



I

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN EL CURSO ORGANIZADO POR LA PENITENCIARÍA APOSTÓLICA

(Aula de las Bendiciones, 28-3-2014)

Os doy la bienvenida con ocasión del curso anual sobre el fuero interno. Doy las gracias al cardenal Mauro Piacenza por las palabras con las que ha introducido este encuentro.

Desde hace un cuarto de siglo la Penitenciaría apostólica ofrece, sobre todo a los neopresbíteros y a los diáconos, la ocasión de este curso, para contribuir a la formación de buenos confesores, conscientes de la importancia de este ministerio. Os agradezco este valioso servicio y os aliento a llevarlo adelante con compromiso renovado, teniendo en cuenta la experiencia adquirida y con sabia creatividad, para ayudar cada vez mejor a la Iglesia y a los confesores a desempeñar el ministerio de la misericordia, que es tan importante.

Al respecto, deseo ofreceros algunas reflexiones.

Ante todo, el protagonista del ministerio de la Reconciliación es el Espíritu Santo. El perdón que el sacramento confiere es la vida nueva transmitida por el Señor Resucitado por medio de su Espíritu: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23). Por lo tanto, vosotros estáis llamados a ser siempre «hombres del Espíritu Santo», testigos y anunciadores, gozosos y fuertes, de la resurrección del Señor. Este

testimonio se lee en el rostro, se oye en la voz del sacerdote que administra con fe y con «unción» el Sacramento de la Reconciliación. Él acoge a los penitentes no con la actitud de un juez y tampoco con la actitud de un simple amigo, sino con la caridad de Dios, con el amor de un padre que ve regresar al hijo y va a su encuentro, del pastor que ha encontrado a la oveja perdida. El corazón del sacerdote es un corazón que sabe conmoverse, no por sentimentalismo o por mera emotividad, sino por las «entrañas de misericordia» del Señor. Si bien es verdad que la tradición nos indica el doble papel de médico y juez para los confesores, no olvidemos nunca que como médico está llamado a curar y como juez a absolver.

Segundo aspecto: si la Reconciliación transmite la vida nueva del Resucitado y renueva la gracia bautismal, entonces vuestra tarea es donarla generosamente a los hermanos. Donar esta gracia. Un sacerdote que no cuida esta parte de su ministerio, tanto en el tiempo que le dedica como en la calidad espiritual, es como un pastor que no se ocupa de las ovejas que se han perdido; es como un padre que se olvida del hijo perdido y descuida esperarlo. Pero la misericordia es el corazón del Evangelio. No olvidéis esto: la misericordia es el corazón del Evangelio. Es la buena noticia de que Dios nos ama, que ama siempre al hombre pecador, y con este amor lo atrae a sí y lo invita a la conversión. No olvidemos que a los fieles a menudo les cuesta acercarse al sacramento, sea por razones prácticas, sea por la natural dificultad de confesar a otro hombre los propios pecados. Por esta razón es necesario trabajar mucho sobre nosotros mismos, sobre nuestra humanidad, para no ser nunca obstáculo sino favorecer siempre el acercamiento a la misericordia y al perdón. Pero muchas veces sucede que una persona viene y dice: «No me confieso desde hace muchos años, he tenido este problema, he dejado la Confesión porque he encontrado a un sacerdote y me ha dicho esto», y en lo que cuenta la persona se ve la imprudencia, la falta de amor pastoral. Y se alejan, por una mala experiencia en la Confesión. Si se tiene esta actitud de padre, que viene de la bondad de Dios, esto no sucederá jamás.

Es necesario evitar dos extremos opuestos: el rigorismo y el laxismo. Ninguno de los dos va bien, porque en realidad no se hacen cargo de la persona del penitente. En cambio la misericordia escucha de verdad con el corazón de Dios y quiere acompañar al alma en el camino de la reconciliación. La Confesión no es un tribunal de condena, sino experiencia de perdón y de misericordia.

Por último, todos conocemos las dificultades que con frecuencia encuentra la Confesión. Son muchas las razones, tanto históricas como espirituales. Con todo, sabemos que el Señor quiso hacer este inmenso don a la Iglesia, ofreciendo a los bautizados la seguridad del perdón del Padre. Es

esto: es la seguridad del perdón del Padre. Por ello es muy importante que, en todas las diócesis y en las comunidades parroquiales se cuide de manera especial la celebración de este sacramento de perdón y de salvación. Conviene que en cada parroquia los fieles sepan cuándo pueden encontrar a los sacerdotes disponibles: cuando hay fidelidad, los frutos se ven. Esto vale de modo particular para las iglesias confiadas a las comunidades religiosas, que pueden asegurar una presencia constante de confesores.

Encomendamos a la Virgen, Madre de Misericordia, el ministerio de los sacerdotes y cada comunidad cristiana, para que comprendan cada vez más el valor del sacramento de la Penitencia. A nuestra Madre os encomiendo a todos vosotros y de corazón os bendigo.



II

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DE LA PENITENCIA

(Basilica Vaticana, 28-3-2014)

En el período de la Cuaresma, la Iglesia, en nombre de Dios, renueva la llamada a la conversión. Es la llamada a cambiar de vida. Convertirse no es cuestión de un momento o de un período del año, es un compromiso que dura toda la vida. ¿Quién entre nosotros puede presumir de no ser pecador? Nadie. Todos lo somos. Escribe el apóstol Juan: «Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, Él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia» (1 Jn 1, 8-9). Es lo que sucede también en esta celebración y en toda esta jornada penitencial. La Palabra de Dios que hemos escuchado nos introduce en dos elementos esenciales de la vida cristiana.

El primero: Revestirnos del hombre nuevo. El hombre nuevo, «creado a imagen de Dios» (Ef 4, 24), nace en el Bautismo, donde se recibe la vida misma de Dios, que nos hace sus hijos y nos incorpora a Cristo y a su Iglesia. Esta vida nueva permite mirar la realidad con ojos distintos, sin dejarse distraer por las cosas que no cuentan y que no pueden durar mucho, por las cosas que se acaban con el tiempo. Por eso estamos llamados

a abandonar los comportamientos del pecado y fijar la mirada en lo esencial. «El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene» (*Gaudium et spes*, 35). He aquí la diferencia entre la vida deformada por el pecado y la vida iluminada de la gracia. Del corazón del hombre renovado según Dios proceden los comportamientos buenos: hablar siempre con verdad y evitar toda mentira; no robar, sino más bien compartir lo que se posee con los demás, especialmente con quien pasa necesidad; no ceder a la ira, al rencor y a la venganza, sino ser dóciles, magnánimos y dispuestos al perdón; no caer en la murmuración que arruina la buena fama de las personas, sino mirar en mayor medida el lado positivo de cada uno. Se trata de revestirnos del hombre nuevo, con estas actitudes nuevas.

El segundo elemento: Permanecer en el amor. El amor de Jesucristo dura para siempre, jamás tendrá fin porque es la vida misma de Dios. Este amor vence el pecado y dona la fuerza de volver a levantarse y recomenzar, porque con el perdón el corazón se renueva y rejuvenece. Todos lo sabemos: nuestro Padre no se cansa jamás de amar y sus ojos no se cansan de mirar el camino que conduce a casa, para ver si regresa el hijo que se marchó y se perdió. Podemos hablar de la esperanza de Dios: nuestro Padre nos espera siempre, no nos deja sólo la puerta abierta, sino que nos espera. Él está implicado en este esperar a los hijos. Y este Padre no se cansa ni siquiera de amar al otro hijo que, incluso permaneciendo siempre en casa con él, no es partícipe, sin embargo, de su misericordia, de su compasión. Dios no está solamente en el origen del amor, sino que en Jesucristo nos llama a imitar su modo mismo de amar: «Como yo os he amado, amaos también unos a otros» (*Jn* 13, 34). En la medida en que los cristianos viven este amor, se convierten en el mundo en discípulos creíbles de Cristo. El amor no puede soportar el hecho de permanecer encerrado en sí mismo. Por su misma naturaleza es abierto, se difunde y es fecundo, genera siempre nuevo amor.

Queridos hermanos y hermanas, después de esta celebración, muchos de vosotros serán misioneros que propondrán a otros la experiencia de la reconciliación con Dios. «24 horas para el Señor» es la iniciativa a la que se han sumado muchas diócesis en todas las partes del mundo. A quienes encontraréis, podréis comunicar la alegría de recibir el perdón del Padre y de reencontrar la amistad plena con Él. Y les diréis que nuestro Padre nos espera, nuestro Padre nos perdona, es más, hace fiesta. Si tú vas a Él con toda tu vida, incluso con muchos pecados, en lugar de recriminarte hace fiesta: este es nuestro Padre. Esto debéis decirlo vosotros, decirlo a mucha gente, hoy. Quien experimenta la misericordia divina, se siente impulsado a ser artífice de misericordia entre los últimos y los pobres. En estos «hermanos más pequeños» Jesús nos espera (cf. *Mt* 25, 40); recibamos misericordia y demos misericordia. Vayamos a su encuentro y celebremos la Pascua en la alegría de Dios.

III

ENTREVISTA AL PAPA FRANCISCO POR PARTE DE UNOS JÓVENES DE FLANDES

(31-3-2014)

Ellos forman parte de un grupo de jóvenes nacido durante la JMJ de Río de Janeiro, porque en Río quisieron comunicar también a los demás jóvenes flamencos lo que allí hicieron, y son un grupo de 12 –los demás están ahí fuera, por cierto–; han venido también con...

¡Pero yo quiero saludarlos, a los demás, después, sí!

Entonces podemos organizarlo... Pues ellos hacen realmente este trabajo de entrar, de penetrar en los medios de comunicación como jóvenes, partiendo de su inspiración cristiana. También en este sentido quieren hacerle unas preguntas. Ella, en cambio, no es creyente –por lo tanto son, en total, cuatro de ese grupo–; ella no es creyente, pero también nos parecía importante [que participara], porque en Flandes somos una sociedad muy laica, y sabemos que tenemos un mensaje para todos. Por eso a ella le hacía mucha ilusión...

¡Me gusta! ¡Somos todos hermanos!

Verdaderamente, sí. La primera pregunta es: Gracias por aceptar nuestra petición, pero ¿por qué la ha atendido?

Cuando oigo que un joven o una joven tiene inquietud, siento que es mi deber servir a esos jóvenes, prestar servicio a esa inquietud, porque esa inquietud es como una semilla, y después seguirá adelante y producirá frutos. Y yo, en este momento, siento que con vosotros estoy prestando servicio a lo que, en este momento, es lo más valioso, que es vuestra inquietud.

[Un chico] Cada uno, en este mundo, intenta ser feliz. Pero nosotros nos hemos preguntado: ¿Usted es feliz? ¿Y por qué?

Absolutamente, absolutamente, soy feliz. Y soy feliz porque... no sé por qué... tal vez porque tengo un trabajo, no estoy en paro; tengo un trabajo, ¡un trabajo de pastor! Soy feliz porque he encontrado mi camino en la vida, y recorrer este camino me hace feliz. Y es también una felicidad tranquila, porque, a esta edad, no es la misma felicidad de un joven; hay diferencia: una cierta paz interior, una paz grande, una felicidad que llega también con la edad. Y también con un camino que siempre ha tenido problemas; ahora también hay problemas, pero esta felicidad no se va con los

problemas, no: ve los problemas, sufre por ellos, pero después sigue adelante; hace algo por resolverlos y sigue adelante. Pero, en lo profundo del corazón, hay esa paz y esa felicidad. Para mí es una gracia de Dios, desde luego. Es una gracia. No un mérito propio.

[Un chico] De muchas maneras usted nos manifiesta su gran amor por los pobres y por las personas heridas. ¿Por qué esto es tan importante para usted?

Porque esto es el corazón del Evangelio. Yo soy creyente: creo en Dios, creo en Jesucristo y en su Evangelio, y el corazón del Evangelio es el anuncio a los pobres. Cuando lees las Bienaventuranzas, por ejemplo, o lees Mateo 25, ahí ves lo claro que es Jesús en esto. Este es el corazón del Evangelio. Y Jesús dice de sí mismo: «He venido a anunciar a los pobres la liberación, la salud, la gracia de Dios...». A los pobres. A los que necesitan salvación, a los que necesitan que la sociedad los acoja. Además, si lees el Evangelio, ves que Jesús tenía cierta preferencia por los marginados: los leprosos, las viudas, los niños huérfanos, los ciegos... las personas marginadas. Y también por los grandes pecadores... ¡y este es mi consuelo! ¡Sí, porque a él no lo espanta ni siquiera el pecado! ¡Cuando se encontró con una persona como Zaqueo, que era un ladrón, o como Mateo, que era un traidor a la patria por dinero, no se espantó! Los contempló y los eligió. Esa también es una pobreza: la pobreza del pecado. Para mí, el corazón del Evangelio es de los pobres. Hace dos meses, oí que una persona dijo, por esto de hablar de los pobres, por esta preferencia: «Este Papa es comunista». ¡No! Esta es una bandera del Evangelio, no del comunismo: ¡del Evangelio! Pero la pobreza sin ideología, la pobreza... Por eso creo que los pobres están en el centro del anuncio de Jesús. Basta con leerlo. El problema es que, después, esta actitud hacia los pobres algunas veces, en la historia, se ha ideologizado. No, no es así: la ideología es otra cosa. En cambio, en el Evangelio es así: es sencilla, muy sencilla. También en el Antiguo Testamento se ve esto. Por eso lo pongo en el centro, siempre.

[Una chica] Yo no creo en Dios, pero los gestos y los ideales de usted me inspiran. ¿Tal vez tiene usted un mensaje para todos nosotros: para los jóvenes cristianos, para las personas que no creen o tienen otro credo o creen de forma diferente?

Para mí, hay que buscar, en la manera de hablar, la autenticidad. Y para mí la autenticidad es esta: estoy hablando con unos hermanos. Somos todos hermanos. Creyentes, no creyentes, o de esta confesión religiosa o de la otra, judíos, musulmanes... somos todos hermanos. El hombre está en el centro de la historia, y esto para mí es muy importante: el hombre está en el centro. En este momento de la historia, el hombre ha sido arrojado del centro, se ha deslizado hacia la periferia, y en el centro –por lo menos en

este momento— está el poder, el dinero. Y nosotros debemos trabajar por las personas, por el hombre y la mujer, que son la imagen de Dios. ¿Por qué los jóvenes? Porque los jóvenes —retomando lo que dije al principio— son la semilla que dará fruto a lo largo del camino. Pero también en relación con lo que ahora decía: en este mundo, en cuyo centro está el poder, el dinero, a los jóvenes se los expulsa. Se expulsa a los niños: no queremos niños, queremos menos niños, familias pequeñas; no se quieren niños. Se expulsa a los ancianos: muchos ancianos mueren debido a una eutanasia oculta, porque no se los cuida, y mueren. Y ahora se expulsa a los jóvenes. Pensad que en Italia, por ejemplo, el paro juvenil por debajo de los 25 años es casi del 50%; en España es del 60%, y en Andalucía, en el sur de España, casi del 70%. No sé cuál es la tasa de desempleo en Bélgica...

Algo inferior: entre el 5% y el 10%...

Es baja. Es baja, gracias a Dios. ¡Pero pensad lo que significa una generación de jóvenes que no tienen trabajo! Tú me dirás: «Pero pueden comer, porque la sociedad les da de comer». Sí, pero esto no es suficiente, porque no tienen la experiencia de la dignidad de llevar el pan a casa. Este es el momento de la «pasión de los jóvenes». Hemos entrado en una cultura del desecho: lo que no sirve para esta globalización, se desecha: ancianos, niños, jóvenes. Pero así se desecha el futuro de un pueblo, porque en los niños y jóvenes y en los ancianos está el futuro de un pueblo: en los niños y los jóvenes, porque llevarán adelante la historia; y en los ancianos, porque son los que tienen que darnos la memoria de un pueblo, de cómo ha sido el camino de un pueblo. Y si son desechados tendremos un grupo de gente sin fuerza, porque no tendrá tantos jóvenes y niños, y sin memoria. ¡Y esto es gravísimo! Por eso creo que tenemos que ayudar a los jóvenes para que puedan tener, en la sociedad, el papel necesario en este momento histórico difícil.

Pero usted ¿tiene un mensaje específico, muy concreto, para nosotros, para que —ojalá así sea— podamos inspirar a otras personas, como hace usted? ¿Incluso a personas no creyentes?

Has dicho una palabra muy importante: «concreto». Es una palabra importantísima, porque en la concreción de la vida uno sigue adelante: ¡solo con las ideas uno no sigue adelante! Esto es muy importante. Y creo que vosotros, los jóvenes, tenéis que seguir adelante en esta concreción de la vida. Muchas veces también con acciones relacionadas con las situaciones, porque hay que tomar esto, aquello... pero también con estrategias... Te diré una cosa. He hablado, para mi trabajo, también en Buenos Aires, con muchos jóvenes políticos, que vienen a saludarme. Y estoy contento porque ellos, ya sean de izquierdas, ya sean de derechas, hablan una nueva música, un nuevo estilo de política. Y esto a mí me da esperanza. Y creo que

la juventud, en este momento, tiene que ir mar adentro y seguir adelante. ¡Que sean valientes! Esto a mí me da esperanza. No sé si he contestado: concreción en las acciones.

[Un chico] Cuando leo el periódico, cuando miro a mi alrededor, me pregunto si la raza humana es realmente capaz de cuidar de este mundo y de la propia raza humana. ¿Comparte usted esta duda? [Intérprete] Desechamos, como decía usted. ¿Alguna vez tiene usted también esta duda? ¿Este dudar y este preguntarse dónde está Dios en todo esto?

Yo me hago dos preguntas, sobre esta cuestión: ¿Dónde está Dios y dónde está el hombre? Es la primera pregunta que, en el relato bíblico, Dios le hace al hombre: «Adán, ¿dónde estás?». Es la primera pregunta dirigida al hombre. Y yo también me pregunto, ahora: «Tú, hombre de este siglo XXI, ¿dónde estás?». Y esto me lleva a pensar también en la otra pregunta: «Tú, Dios, ¿dónde estás?». Cuando el hombre se encuentra a sí mismo, busca a Dios. Tal vez no logre encontrarlo, pero va por un camino de honradez, buscando verdad, por un camino de bondad y un camino de belleza. ¡Para mí, una persona joven que ame la verdad y la busque, que ame la bondad y sea buena, que sea una buena persona y busque y ame la belleza, va por un buen camino, y encontrará a Dios con toda seguridad! ¡Antes o después lo encontrará! Pero el camino es largo, y algunas personas no lo encuentran a lo largo de la vida. No lo encuentran de manera consciente. Pero son muy auténticos y honrados consigo mismos, tan buenos y tan amantes de la belleza, que al final tienen una personalidad muy madura, capaz de un encuentro con Dios, que es siempre una gracia. Porque el encuentro con Dios es una gracia. Nosotros podemos abrir camino... Algunos lo encuentran en las demás personas... Es un camino que hay que recorrer... Cada uno tiene que encontrarse con él personalmente. Uno no se encuentra con Dios de oídas, ni tiene que pagar para encontrar a Dios. Es un camino personal: debemos encontrarlo así. No sé si he respondido a tu pregunta...

Todos somos humanos y cometemos errores. ¿Qué le han enseñado a usted sus errores?

Me he equivocado, me equivocó... ¡En la Biblia se dice, en el Libro de la Sabiduría, que el hombre más justo se equivoca siete veces al día! Quiere decir que todos nos equivocamos... Se dice que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en el mismo punto, porque no aprende enseguida de sus errores. Uno puede decir: «Yo no me he equivocado», pero no mejora; eso lo lleva a la vanidad, a la soberbia, al orgullo... Pienso que, también en mi vida, los errores han sido y son grandes maestros de vida. Grandes maestros: te enseñan mucho. También te humillan, porque uno puede sentirse un superhombre, una supermujer, pero después te equivocas, y eso te humilla y te pone en tu sitio. No puedo decir que he aprendido de todos mis

errores: no; creo que de algunos no he aprendido, porque soy terco, y no resulta fácil aprender. Pero de muchos errores he aprendido, y esto me ha venido bien, me ha venido bien. Y también importa reconocer los errores: me he equivocado en esto, me he equivocado en lo otro, me equivoco en lo demás... Y también prestar atención para no volver al mismo error, al mismo pozo... Es una cosa buena el diálogo con los propios errores, porque estos te enseñan; y lo importante es que te ayudan a volverte un poco más humilde, y la humildad viene muy bien, muy bien a la gente, a nosotros; nos viene muy bien. No sé si era esta la respuesta...

[Intérprete] ¿Puede darnos un ejemplo concreto de cómo ha aprendido de una equivocación? Ella [la chica que lo ha preguntado] se atreve...

No, lo diré, lo he escrito en un libro, es público. Por ejemplo, en la conducción de la vida de la Iglesia. Yo fui nombrado superior muy joven, y cometí muchos errores con mi autoritarismo, por ejemplo. Era demasiado autoritario, a mis 36 años... Pero después aprendí que hay que dialogar, que hay que oír lo que piensan los demás... Pero no se aprende de una vez para siempre, no. El camino es largo. Este es un ejemplo concreto. Y yo aprendí, de mi actitud algo autoritaria como superior religioso, a encontrar la forma de no serlo tanto, o de ser más... ¡pero aún sigo equivocándome! ¿Está satisfecha? ¿Quiere atreverse a otra cosa?

[Una chica] Yo veo a Dios en los demás. Usted, ¿dónde ve a Dios?

Yo intento –¡intento!– encontrarlo en todas las circunstancias de la vida. Intento... Lo encuentro en la lectura de la Biblia; lo encuentro en la celebración de los sacramentos, en la oración, e incluso en el trabajo intento encontrarlo, en las personas, en las diferentes personas... Lo encuentro, sobre todo, en los enfermos: los enfermos me hacen bien, porque, cuando estoy con un enfermo, me pregunto: ¿Por qué él sí y yo no? Y lo encuentro en los presos: ¿Por qué este está preso, y yo no? Y hablo con Dios: «Siempre haces una injusticia: ¿por qué a este y a mí no?». Y encuentro a Dios en esto, pero siempre en un diálogo. A mí me hace bien intentar encontrarlo durante todo el día. No logro hacer esto, pero intento hacerlo: mantenerme en diálogo. No logro hacerlo exactamente así: los santos lo hacían bien, yo aún no... Pero este es el camino.

[Una muchacha] Como no creo en Dios, no logro entender cómo reza usted o por qué reza. ¿Puede explicarme cómo reza usted, como Pontífice, y por qué reza? Lo más concretamente posible...

¿Cómo rezo...? Muchas veces tomo la Biblia, leo un poco, después la dejo y dejo que el Señor me mire: esa es la idea más frecuente de mi oración. Dejo que él me mire. Y siento –pero no es sentimentalismo–, siento profundamente las cosas que el Señor me dice. Algunas veces no habla... nada,

vacío, vacío, vacío... pero pacientemente me quedo ahí, y así rezo... Me quedo sentado, rezo sentado, porque me hace daño arrodillarme, y algunas veces me duermo en la oración... Es también una forma de rezar, como un hijo con el Padre, y esto es importante: me siento hijo con el Padre. ¿Y por qué rezo? ¿«Por qué» como causa o para qué personas rezo?

Ambas cosas...

Rezo porque lo necesito. Es algo que siento, que me impulsa, como si Dios me llamara para hablar. Esto es lo primero. Y rezo por las personas, cuando me encuentro con personas que me impresionan porque están enfermas o tienen problemas, o hay problemas que... por ejemplo, la guerra... Hoy he estado con el nuncio que está en Siria, y me ha mostrado fotografías... y estoy seguro de que esta tarde rezaré por eso, por aquella gente... Me han enseñado fotos de muertos de hambre, con los huesos así de... ¡En este tiempo –esto, yo no lo entiendo–, cuando tenemos lo necesario para dar de comer al mundo entero, que haya gente que muere de hambre, para mí es terrible! Y esto me impulsa a rezar precisamente por esa gente.

Yo tengo mis miedos. ¿De qué tiene miedo usted?

¡De mí mismo! Miedo... Mira; en el Evangelio, Jesús repite muchas veces: «¡No tengáis miedo! ¡No tengáis miedo!». Lo dice muchas veces. ¿Y por qué? Porque sabe que el miedo es algo –diría yo– normal. Le tenemos miedo a la vida, tenemos miedo a los desafíos, le tenemos miedo a Dios.... Todos tenemos miedo, todos. Tú no tienes que preocuparte por tener miedo. Debes sentir esto, pero no tener miedo, y pensar además: «¿Por qué tengo miedo?». Y ante Dios y ante ti misma intentar aclarar la situación o pedir ayuda a otro. El miedo no es buen consejero, porque te aconseja mal. Te lleva por un camino que no es el correcto. Por eso Jesús decía tantas veces: «¡No tengáis miedo! ¡No tengáis miedo!». Además, todos tenemos que conocernos a nosotros mismos: cada uno ha de conocerse a sí mismo y buscar cuál es la zona en la que podemos equivocarnos más, y tenerle algo de miedo a esa zona. Y es que hay un miedo malo y un miedo bueno. El miedo bueno es como la prudencia. Es una actitud prudente: «Mira, tú eres débil en esto, en aquello y en lo de más allá: sé prudente y no caigas». El miedo malo es ese al que tú te refieres, que en cierto sentido te anula, te aniquila. Te aniquila, no te deja hacer algo: ese es malo, y hay que desterrarlo.

[Intérprete] Ella [la chica] ha planteado esta pregunta porque algunas veces no resulta fácil –en Bélgica, por ejemplo– hablar de la propia fe. Como muchos no creen, esto era para ella una forma de decir: «Quiero plantear esta pregunta porque quiero también tener la fuerza de testimoniar...».

Muy bien; ahora entiendo el motivo de la pregunta. Testimoniar con sencillez. Porque si vas con tu fe como una bandera, como en las cruza-

das, y vas para hacer proselitismo, eso no está bien. El camino mejor es el testimonio, pero humilde: «Yo soy así», con humildad, sin triunfalismo. Ese es otro pecado nuestro, otra mala actitud: el triunfalismo. Jesús no fue triunfalista, y también la historia nos enseña a no ser triunfalistas, porque los grandes triunfalistas fueron derrotados. El testimonio: eso es una llave, eso interpela. Yo lo doy con humildad, sin hacer proselitismo. Lo ofrezco. Es así. Y eso no da miedo. No vas a las cruzadas.

[Intérprete] Hay una última pregunta...

¿La última? La última siempre es terrible...

Nuestra última pregunta es: ¿Tiene una pregunta que hacernos?

No es original la pregunta que quiero haceros. La tomo del Evangelio. Pero creo que, tras haberos escuchado, tal vez sea la adecuada en este momento para vosotros. ¿Dónde está tu tesoro? Esta es la pregunta. ¿Dónde descansa tu corazón? ¿En qué tesoro descansa tu corazón? Porque donde esté tu tesoro, estará tu vida. El corazón está apegado al tesoro, a un tesoro que todos tenemos: el poder, el dinero, el orgullo, muchos... o la bondad, la belleza, las ganas de hacer el bien... Puede haber muchos tesoros... ¿Dónde está tu tesoro? Esta es la pregunta que haré, ¡pero tendréis que responderos vosotros mismos, solos! En casa...

Le harán llegar su contestación a través de una carta...

Entregádsela a vuestro obispo... ¡Gracias! ¡Gracias a vosotros, gracias! Y rezad por mí.



IV

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 2-4-2014)

Hoy concluimos el ciclo de catequesis sobre los sacramentos hablando del matrimonio. Este sacramento nos conduce al corazón del designio de Dios, que es un designio de alianza con su pueblo, con todos nosotros, un designio de comunión. Al inicio del libro del Génesis, el primer libro de

la Biblia, como coronación del relato de la creación se dice: «Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó... Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (Gn 1, 27; 2, 24). La imagen de Dios es la pareja matrimonial: el hombre y la mujer; no sólo el hombre, no sólo la mujer, sino los dos. Esta es la imagen de Dios: el amor, la alianza de Dios con nosotros está representada en esa alianza entre el hombre y la mujer. Y esto es hermoso. Somos creados para amar, como reflejo de Dios y de su amor. Y en la unión conyugal el hombre y la mujer realizan esta vocación en el signo de la reciprocidad y de la comunión de vida plena y definitiva.

Cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se «refleja» en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros. También Dios, en efecto, es comunión: las tres Personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta. Y es precisamente este el misterio del matrimonio: Dios hace de los dos esposos una sola existencia. La Biblia usa una expresión fuerte y dice «una sola carne», tan íntima es la unión entre el hombre y la mujer en el matrimonio. Y es precisamente este el misterio del matrimonio: el amor de Dios que se refleja en la pareja que decide vivir juntos. Por esto el hombre deja su casa, la casa de sus padres y va a vivir con su mujer y se une tan fuertemente a ella que los dos se convierten –dice la Biblia– en una sola carne.

San Pablo, en la Carta a los Efesios, pone de relieve que en los esposos cristianos se refleja un misterio grande: la relación instaurada por Cristo con la Iglesia, una relación nupcial (cf. Ef 5, 21-33). La Iglesia es la esposa de Cristo. Esta es la relación. Esto significa que el matrimonio responde a una vocación específica y debe considerarse como una consagración (cf. *Gaudium et spes*, 48; *Familiaris consortio*, 56). Es una consagración: el hombre y la mujer son consagrados en su amor. Los esposos, en efecto, en virtud del sacramento, son investidos de una auténtica misión, para que puedan hacer visible, a partir de las cosas sencillas, ordinarias, el amor con el que Cristo ama a su Iglesia, que sigue entregando la vida por ella, en la fidelidad y en el servicio.

Es verdaderamente un designio estupendo lo que es connatural en el sacramento del matrimonio. Y se realiza en la sencillez y también en la fragilidad de la condición humana. Sabemos bien cuántas dificultades y pruebas tiene la vida de dos esposos... Lo importante es mantener viva la relación con Dios, que es el fundamento del vínculo conyugal. Y la relación auténtica es siempre con el Señor. Cuando la familia reza, el vínculo se mantiene. Cuando el esposo reza por la esposa y la esposa reza por el

esposo, ese vínculo llega a ser fuerte; uno reza por el otro. Es verdad que en la vida matrimonial hay muchas dificultades, muchas; que el trabajo, que el dinero no es suficiente, que los niños tienen problemas. Muchas dificultades. Y muchas veces el marido y la mujer llegan a estar un poco nerviosos y riñen entre ellos. Pelean, es así, siempre se pelea en el matrimonio, algunas veces vuelan los platos. Pero no debemos ponernos tristes por esto, la condición humana es así. Y el secreto es que el amor es más fuerte que el momento en que se riñe, por ello aconsejo siempre a los esposos: no terminar la jornada en la que habéis peleado sin hacer las paces. ¡Siempre! Y para hacer las paces no es necesario llamar a las Naciones Unidas a que vengan a casa a hacer las paces. Es suficiente un pequeño gesto, una caricia, y adiós. Y ¡hasta mañana! Y mañana se comienza otra vez. Esta es la vida, llevarla adelante así, llevarla adelante con el valor de querer vivirla juntos. Y esto es grande, es hermoso. La vida matrimonial es algo hermoso y debemos custodiarla siempre, custodiar a los hijos. Otras veces he dicho en esta plaza una cosa que ayuda mucho en la vida matrimonial. Son tres palabras que se deben decir siempre, tres palabras que deben estar en la casa: permiso, gracias y perdón. Las tres palabras mágicas. Permiso: para no ser entrometido en la vida del cónyuge. Permiso, ¿qué te parece? Permiso, ¿puedo? Gracias: dar las gracias al cónyuge; gracias por lo que has hecho por mí, gracias por esto. Esa belleza de dar las gracias. Y como todos nosotros nos equivocamos, esa otra palabra que es un poco difícil de pronunciar, pero que es necesario decirla: Perdona. Permiso, gracias y perdón. Con estas tres palabras, con la oración del esposo por la esposa y viceversa, con hacer las paces siempre antes de que termine la jornada, el matrimonio irá adelante. Las tres palabras mágicas, la oración y hacer las paces siempre. Que el Señor os bendiga y rezad por mí.



V

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 9-4-2014)

Iniciamos hoy un ciclo de catequesis sobre los *dones del Espíritu Santo*. Vosotros sabéis que el Espíritu Santo constituye el alma, la savia vital de

la Iglesia y de cada cristiano: es el Amor de Dios que hace de nuestro corazón su morada y entra en comunión con nosotros. El Espíritu Santo está siempre con nosotros, siempre está en nosotros, en nuestro corazón.

El Espíritu mismo es «el don de Dios» por excelencia (cf. *Jn* 4, 10), es un regalo de Dios, y, a su vez, comunica diversos dones espirituales a quien lo acoge. La Iglesia enumera *siete*, número que simbólicamente significa *plenitud, totalidad*; son los que se aprenden cuando uno se prepara al sacramento de la Confirmación y que invocamos en la antigua oración llamada «Secuencia del Espíritu Santo». Los dones del Espíritu Santo son: *sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios*.

El primer don del Espíritu Santo, según esta lista, es, por lo tanto, *la sabiduría*. Pero no se trata sencillamente de la sabiduría humana, que es fruto del conocimiento y de la experiencia. En la Biblia se cuenta que a Salomón, en el momento de su coronación como rey de Israel, había pedido el don de la sabiduría (cf. *1 Re* 3, 9). Y la sabiduría es precisamente esto: es la gracia de poder *ver cada cosa con los ojos de Dios*. Es sencillamente esto: es ver el mundo, ver las situaciones, las ocasiones, los problemas, todo, con los ojos de Dios. Esta es la sabiduría. Algunas veces vemos las cosas según nuestro gusto o según la situación de nuestro corazón, con amor o con odio, con envidia... No, esto no es el ojo de Dios. La sabiduría es lo que obra el Espíritu Santo en nosotros a fin de que veamos todas las cosas con los ojos de Dios. Este es el don de la sabiduría.

Y obviamente esto deriva de la *intimidad con Dios*, de la relación íntima que nosotros tenemos con Dios, de la relación de hijos con el Padre. Y el Espíritu Santo, cuando tenemos esta relación, nos da el don de la sabiduría. Cuando estamos en comunión con el Señor, el Espíritu Santo es como si transfigurara nuestro corazón y le hiciera percibir todo su calor y su predilección.

El Espíritu Santo, entonces, hace «sabio» al cristiano. Esto, sin embargo, no en el sentido de que tiene una respuesta para cada cosa, que lo sabe todo, sino en el sentido de que «*sabe*» *de Dios*, sabe cómo actúa Dios, conoce cuándo una cosa es de Dios y cuándo no es de Dios; tiene esta sabiduría que Dios da a nuestro corazón. El corazón del hombre sabio en este sentido tiene *el gusto y el sabor de Dios*. ¡Y cuán importante es que en nuestras comunidades haya cristianos así! Todo en ellos habla de Dios y se convierte en un signo hermoso y vivo de su presencia y de su amor. Y esto es algo que no podemos improvisar, que no podemos conseguir por nosotros mismos: es un don que Dios da a quienes son dóciles al Espíritu Santo. Dentro de nosotros, en nuestro corazón, tenemos al Espíritu Santo; podemos escucharlo, podemos no escucharlo. Si escuchamos al Espíritu Santo, Él nos enseña esta senda de la sabiduría, nos regala la sabiduría que consiste en ver con

los ojos de Dios, escuchar con los oídos de Dios, amar con el corazón de Dios, juzgar las cosas con el juicio de Dios. Esta es la sabiduría que nos regala el Espíritu Santo, y todos nosotros podemos poseerla. Sólo tenemos que pedirla al Espíritu Santo.

Pensad en una mamá, en su casa, con los niños, que cuando uno hace una cosa el otro maquina otra, y la pobre mamá va de una parte a otra, con los problemas de los niños. Y cuando las madres se cansan y gritan a los niños, ¿eso es sabiduría? Gritar a los niños –os pregunto– ¿es sabiduría? ¿Qué decís vosotros: es sabiduría o no? ¡No! En cambio, cuando la mamá toma al niño y le riñe dulcemente y le dice: «Esto no se hace, por esto...», y le explica con mucha paciencia, ¿esto es sabiduría de Dios? ¡Sí! Es lo que nos da el Espíritu Santo en la vida. Luego, en el matrimonio, por ejemplo, los dos esposos –el esposo y la esposa– riñen, y luego no se miran o, si se miran, se miran con la cara torcida: ¿esto es sabiduría de Dios? ¡No! En cambio, si dice: «Bah, pasó la tormenta, hagamos las paces», y recomienzan a ir hacia adelante en paz: ¿esto es sabiduría? [la gente: ¡Sí!] He aquí, este es el don de la sabiduría. Que venga a casa, que venga con los niños, que venga con todos nosotros.

Y esto no se aprende: esto es un regalo del Espíritu Santo. Por ello, debemos pedir al Señor que nos dé el Espíritu Santo y que nos dé el don de la *sabiduría*, de esa *sabiduría de Dios* que nos enseña a mirar con los ojos de Dios, a sentir con el corazón de Dios, a hablar con las palabras de Dios. Y así, con esta sabiduría, sigamos adelante, construyamos la familia, construyamos la Iglesia, y todos nos santificamos. Pidamos hoy la gracia de la sabiduría. Y pidámosla a la Virgen, que es la Sede de la sabiduría, de este don: que Ella nos alcance esta gracia. ¡Gracias!



VI

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS

(Plaza de San Pedro, 13-4-2014)

Esta semana comienza con una procesión festiva con ramos de olivo: todo el pueblo acoge a Jesús. Los niños y los jóvenes cantan, alaban a Jesús.

Pero esta semana se encamina hacia el misterio de la muerte de Jesús y de su resurrección. Hemos escuchado la Pasión del Señor. Nos hará bien hacernos una sola pregunta: ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo ante mi Señor? ¿Quién soy yo ante Jesús que entra con fiesta en Jerusalén? ¿Soy capaz de expresar mi alegría, de alabarlo? ¿O guardo las distancias? ¿Quién soy yo ante Jesús que sufre?

Hemos oído muchos nombres, tantos nombres. El grupo de dirigentes religiosos, algunos sacerdotes, algunos fariseos, algunos maestros de la ley, que habían decidido matarlo. Estaban esperando la oportunidad de aprehenderlo. ¿Soy yo como uno de ellos?

También hemos oído otro nombre: Judas. Treinta monedas. ¿Yo soy como Judas? Hemos escuchado otros nombres: los discípulos que no entendían nada, que se durmieron mientras el Señor sufría. Mi vida, ¿está adormecida? ¿O soy como los discípulos, que no entendían lo que significaba traicionar a Jesús? ¿O como aquel otro discípulo que quería resolverlo todo con la espada? ¿Soy yo como ellos? ¿Soy yo como Judas, que finge amar y besa al Maestro para entregarlo, para traicionarlo? ¿Soy yo, un traidor? ¿Soy como aquellos dirigentes que organizan a toda prisa un tribunal y buscan falsos testigos? ¿Soy como ellos? Y cuando hago esto, si lo hago, ¿creo que de este modo salvo al pueblo?

¿Soy yo como Pilato? Cuando veo que la situación se pone difícil, ¿me lavo las manos y no sé asumir mi responsabilidad, dejando que condenen –o condenando yo mismo– a las personas?

¿Soy yo como aquel gentío que no sabía bien si se trataba de una reunión religiosa, de un juicio o de un circo, y que elige a Barrabás? Para ellos da igual: era más divertido, para humillar a Jesús.

¿Soy como los soldados que golpean al Señor, le escupen, lo insultan, se divierten humillando al Señor?

¿Soy como el Cireneo, que volvía del trabajo, cansado, pero que tuvo la buena voluntad de ayudar al Señor a llevar la cruz?

¿Soy como aquellos que pasaban ante la cruz y se burlaban de Jesús : «¡Él era tan valiente!... Que baje de la cruz y creeremos en él»? Mofarse de Jesús...

¿Soy yo como aquellas mujeres valientes, y como la Madre de Jesús, que estaban allí y sufrían en silencio?

¿Soy como José, el discípulo escondido, que lleva el cuerpo de Jesús con amor para enterrarlo?

¿Soy como las dos Marías que permanecen ante el sepulcro llorando y rezando?

¿Soy como aquellos jefes que al día siguiente fueron a Pilato para decirle: «Mira que éste ha dicho que resucitaría. Que no haya otro engaño», y bloquean la vida, bloquean el sepulcro para defender la doctrina, para que no salte fuera la vida?

¿Dónde está mi corazón? ¿A cuál de estas personas me parezco? Que esta pregunta nos acompañe durante toda la semana.



VII

DISCURSO A LA COMUNIDAD DEL COLEGIO LEONIANO DE ANAGNI

(Sala Clementina, 14-4-2014)

Os saludo a todos vosotros que formáis la comunidad del Pontificio Colegio Leoniano de Anagni. Agradezco al Sr. Rector las palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Un saludo especial a vosotros, queridos seminaristas, ¿que habéis querido venir a Roma a pié? ¡Valientes! Esta peregrinación es un símbolo muy bello de vuestro camino formativo, a recorrer con entusiasmo y perseverancia, en el amor a Cristo y en la comunión fraterna.

El “Leoniano”, como Seminario regional, ofrece su servicio a algunas Diócesis del Lacio. En la línea de la tradición formativa, está llamado, en el hoy de la Iglesia, a proponer a los candidatos al sacerdocio una experiencia capaz de transformar sus proyectos vocacionales en fecunda realidad apostólica. Como todo Seminario, también el vuestro, tiene la finalidad de preparar a los futuros ministros ordenados en un clima de oración, de estudio y de fraternidad. Y esta atmósfera evangélica, esta vida plena de Espíritu Santo y de humanidad, que permite, a cuantos allí se sumergen, el asimilar, día a día, los sentimientos de Jesucristo, su amor por el Padre y por la Iglesia, su dedicación, sin reservas, al Pueblo de Dios. Oración, estudio, fraternidad y, también, vida apostólica: son los cuatro pilares de la formación que se interactúan. La vida espiritual fuerte; la vida intelectual, seria; la vida comunitaria y, finalmente, la vida apostólica, pero, no en orden de importancia. Las cuatro son importantes; si falta una de ellas,

la formación no es buena, completa. Y éstas cuatro se interactúan. Cuatro pilares, cuatro dimensiones sobre las que debe vivir un seminario.

Vosotros, queridos seminaristas, no os estáis preparando para un oficio, para convertirlos en funcionarios de una administración o de un organismo burocrático. ¡Tantos, tantos sacerdotes mediocres! Es un dolor, que no se hayan atrevido a llegar a la plenitud: tienen algo de funcionarios, un estilo burocrático y esto no hace bien a la Iglesia. Permitid que os recomiende: ¡estad atentos para no caer en esto! Estáis convirtiéndoos en pastores a imagen de Jesús Buen pastor, para ser como Él y, en su nombre, estar en medio de su rebaño, para apacentar a sus ovejas.

Frente a esta vocación, podemos responder como María al Ángel: “¿Cómo será esto posible?” (*Lc 1,38*). Llegar a ser “buenos pastores” a imagen de Jesús es una cosa demasiado grande y nosotros somos excesivamente pequeños... ¡Es verdad! Pensaba en estos días en la Misa crismal del Jueves Santo y he sentido esto: con este don tan grande, que nosotros recibimos, nuestra pequeñez es fuerte: estamos entre los más pequeños de los hombres. Es verdad, es demasiado grande; ¡pero no es obra nuestra! Es obra del Espíritu Santo, con nuestra colaboración. Se trata de ofrecerse humildemente a sí mismos, como arcilla a plasmar, para que el alfarero, que es Dios, lo trabaje con el agua y el fuego, con la Palabra y el Espíritu. Se trata de entrar en aquello que dice san Pablo: “No vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (*Gal 2,20*). Sólo así se puede ser diáconos y presbíteros en la Iglesia, sólo así se puede apacentar al Pueblo de Dios y guiarlo, no sobre nuestros caminos sino sobre el camino de Jesús, mejor, sobre el Camino que es Jesús.

Es verdad que al comienzo no siempre puede haber una total rectitud de intención. Más aún, me atrevería a decir: es difícil que así suceda. Todos nosotros siempre hemos tenido estas pequeñas cosas que no expresaban rectitud de intención, pero esto con el tiempo se resuelve, con la conversión del día a día. ¡Pensemos en los Apóstoles! Pensemos en Santiago y Juan: querían llegar a ser el uno primer ministro y el otro ministro de economía, que era lo más importante. Los Apóstoles aún no tenían esta rectitud de intención, pensaban en otra cosa y, el Señor, con tanta paciencia ha corregido las intenciones y al final era tal la rectitud de su intención que han dado la vida en la predicación y en el martirio. ¡No asustarse! “Pero yo no estoy seguro si quiero ser sacerdote para promocionarme...”. “¿Eres amigo de Jesús?” ¡Sí”. “Habla con tu padre espiritual, habla con tus formadores, ora, ora, ora y verás que la rectitud de intención se consigue”.

Y este camino significa meditar día a día el Evangelio, para transmitirlo con la vida y la predicación; significa experimentar la misericordia de Dios en el Sacramento de la Reconciliación ¡y, esto no dejarlo jamás!

¡Confesarse siempre! Así llegaréis a ser ministros generosos y misericordiosos porque sentiréis la misericordia de Dios sobre vosotros. Significa alimentarse con fe y amor de la Eucaristía, para nutrir de la misma al pueblo cristiano; significa ser hombres de oración, para llegar a ser voz de Cristo que alaba al Padre e intercede continuamente por los hermanos (*Heb 7,25*). La oración de intercesión, la que hacían los grandes hombres –Moisés, Abrahám– que luchaban con Dios por el pueblo, aquella oración valiente ante Dios. Si vosotros –¡esto lo digo desde el corazón, sin ánimo de ofender!– si vosotros, si alguno de vosotros, no estuviera dispuesto a seguir este camino, con esta actitud y esta experiencia, sería mejor que tuviera la honradez de buscar otro camino. Hay muchos modos, en la Iglesia, de dar testimonio cristiano y son muchos los caminos que llevan a la santidad. En el seguimiento ministerial de Jesús no hay puesto para la mediocridad, aquella mediocridad que conduce siempre a servirse del pueblo de Dios en provecho propio. “¡Ay de los malos pastores que se alimentan a sí mismos y no al rebaño!” exclamaban los Profetas (*Ez 34,1-6*). Y san Agustín toma esta frase profética en su *Sobre los Pastores*; os recomiendo que lo leáis y meditéis. Pero hay malos pastores, porque el seminario, digamos la verdad, no puede ser un refugio para limitaciones psicológicas, no es un refugio para tantas limitaciones que podemos tener, un refugio para las deficiencias psicológicas o un refugio porque no tengo la valentía para salir adelante en la vida y busco un lugar que me defienda. No, no es esto. Si vuestro seminario fuera esto, ¡se convertiría en una hipoteca para la Iglesia! Y no, el Seminario es precisamente un caminar adelante, adelante en este camino. Y cuando oímos a los profetas decir “¡ay!”, este “ay” os debe hacer reflexionar seriamente sobre vuestro futuro. Pío XI dijo una vez que era mejor perder una vocación que arriesgarse con un candidato inseguro. Pío XI era alpinista, sabía muy bien de lo que hablaba.

Queridos, os agradezco, nuevamente, vuestra visita. Os agradezco el haber venido a pie. Os acompaño con mi oración y mi bendición, y os confío a la Virgen, que es Madre. ¡Jamás la olvidéis! Los místicos rusos decían que en el momento de las turbulencias espirituales es necesario refugiarse bajo el manto de la Santa Madre de Dios. ¡Jamás escapéis de allí! Cubiertos con el manto. ¡Y, por favor, orad por mí!



VIII

HOMILÍA EN LA SANTA MISA CRISMAL

(Basílica Vaticana, 17-4-2014)

Ungidos con óleo de alegría

Queridos hermanos en el sacerdocio. En el Hoy del Jueves Santo, en el que Cristo nos amó hasta el extremo (cf. *Jn* 13, 1), hacemos memoria del día feliz de la Institución del sacerdocio y del de nuestra propia ordenación sacerdotal. El Señor nos ha ungido en Cristo con óleo de alegría y esta unción nos invita a recibir y hacernos cargo de este gran regalo: la alegría, el gozo sacerdotal. La alegría del sacerdote es un bien precioso no sólo para él sino también para todo el pueblo fiel de Dios: ese pueblo fiel del cual es llamado el sacerdote para ser ungido y al que es enviado para ungir.

Ungidos con óleo de alegría para ungir con óleo de alegría. La alegría sacerdotal tiene su fuente en el Amor del Padre, y el Señor desea que la alegría de este Amor “esté en nosotros” y “sea plena” (*Jn* 15,11). Me gusta pensar la alegría contemplando a Nuestra Señora: María, la “madre del Evangelio viviente, es manantial de alegría para los pequeños” (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 288), y creo que no exageramos si decimos que el sacerdote es una persona muy pequeña: la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil siervo si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas; por eso nuestra oración protectora contra toda insidia del Maligno es la oración de nuestra Madre: soy sacerdote porque Él miró con bondad mi pequeñez (cf. *Lc* 1,48). Y desde esa pequeñez asumimos nuestra alegría. ¡Alegría en nuestra pequeñez!

Encuentro tres rasgos significativos en nuestra alegría sacerdotal: es una alegría que nos unge (no que nos unta y nos vuelve untuosos, suntuosos y presuntuosos), es una alegría *incompactible* y es una alegría *misionera* que irradia y atrae a todos, comenzando al revés: por los más lejanos.

Una alegría que nos unge. Es decir: penetró en lo íntimo de nuestro corazón, lo configuró y lo fortaleció sacramentalmente. Los signos de la liturgia de la ordenación nos hablan del deseo maternal que tiene la Iglesia

de transmitir y comunicar todo lo que el Señor nos dio: la imposición de manos, la unción con el santo Crisma, el revestimiento con los ornamentos sagrados, la participación inmediata en la primera Consagración... La gracia nos colma y se derrama íntegra, abundante y plena en cada sacerdote. Ungidos hasta los huesos... y nuestra alegría, que brota desde dentro, es el eco de esa unción.

Una alegría incorruptible. La integridad del Don, a la que nadie puede quitar ni agregar nada, es fuente incesante de alegría: una alegría incorruptible, que el Señor prometió, que nadie nos la podrá quitar (cf. *Jn* 16,22). Puede estar adormecida o taponada por el pecado o por las preocupaciones de la vida pero, en el fondo, permanece intacta como el rescoldo de un tronco encendido bajo las cenizas, y siempre puede ser renovada. La recomendación de Pablo a Timoteo sigue siendo actual: Te recuerdo que atices el fuego del don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos (cf. *2 Tm* 1,6).

Una alegría misionera. Este tercer rasgo lo quiero compartir y recalcar especialmente: la alegría del sacerdote está en íntima relación con el santo pueblo fiel de Dios porque se trata de una alegría eminentemente misionera. La unción es para ungir al santo pueblo fiel de Dios: para bautizar y confirmar, para curar y consagrar, para bendecir, para consolar y evangelizar.

Y como es una alegría que solo fluye cuando el pastor está en medio de su rebaño (también en el silencio de la oración, el pastor que adora al Padre está en medio de sus ovejitas) es una “alegría custodiada” por ese mismo rebaño. Incluso en los momentos de tristeza, en los que todo parece ensombrecerse y el vértigo del aislamiento nos seduce, esos momentos apáticos y aburridos que a veces nos sobrevienen en la vida sacerdotal (y por los que también yo he pasado), aun en esos momentos el pueblo de Dios es capaz de custodiar la alegría, es capaz de protegerte, de abrazarte, de ayudarte a abrir el corazón y reencontrar una renovada alegría.

“Alegría custodiada” por el rebaño y custodiada también por tres hermanas que la rodean, la cuidan, la defienden: la hermana pobreza, la hermana fidelidad y la hermana obediencia.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la pobreza. El sacerdote es pobre en alegría meramente humana ¡ha renunciado a tanto! Y como es pobre, él, que da tantas cosas a los demás, la alegría tiene que pedírsela al Señor y al pueblo fiel de Dios. No se la tiene que procurar a sí mismo. Sabemos que nuestro pueblo es generosísimo en agradecer a los sacerdotes los mínimos gestos de bendición y de manera especial los sacramentos. Muchos, al hablar de crisis de identidad sacerdotal, no caen en la

cuenta de que la identidad supone pertenencia. No hay identidad –y por tanto alegría de ser– sin pertenencia activa y comprometida al pueblo fiel de Dios (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 268). El sacerdote que pretende encontrar la identidad sacerdotal buceando introspectivamente en su interior quizá no encuentre otra cosa que señales que dicen “salida”: sal de ti mismo, sal en busca de Dios en la adoración, sal y dale a tu pueblo lo que te fue encomendado, que tu pueblo se encargará de hacerte sentir y gustar quién eres, cómo te llamas, cuál es tu identidad y te alegrará con el ciento por uno que el Señor prometió a sus servidores. Si no sales de ti mismo el óleo se vuelve rancio y la unción no puede ser fecunda. Salir de sí mismo supone despojo de sí, entraña pobreza.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la fidelidad. No principalmente en el sentido de que seamos todos “inmaculados” (ojalá con la gracia lo seamos) ya que somos pecadores, pero sí en el sentido de renovada fidelidad a la única Esposa, a la Iglesia. Aquí es clave la fecundidad. Los hijos espirituales que el Señor le da a cada sacerdote, los que bautizó, las familias que bendijo y ayudó a caminar, los enfermos a los que sostiene, los jóvenes con los que comparte la catequesis y la formación, los pobres a los que socorre... son esa “Esposa” a la que le alegra tratar como predilecta y única amada y serle renovadamente fiel. Es la Iglesia viva, con nombre y apellido, que el sacerdote pastorea en su parroquia o en la misión que le fue encomendada, la que lo alegra cuando le es fiel, cuando hace todo lo que tiene que hacer y deja todo lo que tiene que dejar con tal de estar firme en medio de las ovejas que el Señor le encomendó: Apacienta mis ovejas (cf. *Jn* 21,16.17).

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la obediencia. Obediencia a la Iglesia en la Jerarquía que nos da, por decirlo así, no sólo el marco más externo de la obediencia: la parroquia a la que se me envía, las licencias ministeriales, la tarea particular... sino también la unión con Dios Padre, del que descende toda paternidad. Pero también la obediencia a la Iglesia en el servicio: disponibilidad y prontitud para servir a todos, siempre y de la mejor manera, a imagen de “Nuestra Señora de la prontitud” (cf. *Lc* 1,39: *meta spoudes*), que acude a servir a su prima y está atenta a la cocina de Caná, donde falta el vino. La disponibilidad del sacerdote hace de la Iglesia casa de puertas abiertas, refugio de pecadores, hogar para los que viven en la calle, casa de bondad para los enfermos, campamento para los jóvenes, aula para la catequesis de los pequeños de primera comunión.... Donde el pueblo de Dios tiene un deseo o una necesidad, allí está el sacerdote que sabe oír (*ob-audire*) y siente un mandato amoroso de Cristo que lo envía a socorrer con misericordia esa necesidad o a alentar esos buenos deseos con caridad creativa.

El que es llamado sea consciente de que existe en este mundo una alegría genuina y plena: la de ser sacado del pueblo al que uno ama para ser enviado a él como dispensador de los dones y consuelos de Jesús, el único Buen Pastor que, compadecido entrañablemente de todos los pequeños y excluidos de esta tierra que andan agobiados y oprimidos como ovejas que no tienen pastor, quiso asociar a muchos a su ministerio para estar y obrar Él mismo, en la persona de sus sacerdotes, para bien de su pueblo.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que haga descubrir a muchos jóvenes ese ardor del corazón que enciende la alegría apenas uno tiene la audacia feliz de responder con prontitud a su llamado.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que cuide el brillo alegre en los ojos de los recién ordenados, que salen a comerse el mundo, a desgastarse en medio del pueblo fiel de Dios, que gozan preparando la primera homilía, la primera misa, el primer bautismo, la primera confesión... Es la alegría de poder compartir –maravillados– por vez primera como ungidos, el tesoro del Evangelio y sentir que el pueblo fiel te vuelve a ungir de otra manera: con sus pedidos, poniéndote la cabeza para que los bendigas, tomándote las manos, acercándote a sus hijos, pidiendo por sus enfermos... Cuida Señor en tus jóvenes sacerdotes la alegría de salir, de hacerlo todo como nuevo, la alegría de quemar la vida por ti.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que confirme la alegría sacerdotal de los que ya tienen varios años de ministerio. Esa alegría que, sin abandonar los ojos, se sitúa en las espaldas de los que soportan el peso del ministerio, esos curas que ya le han tomado el pulso al trabajo, reagrupan sus fuerzas y se rearmen: “cambian el aire”, como dicen los deportistas. Cuida Señor la profundidad y sabia madurez de la alegría de los curas adultos. Que sepan rezar como Nehemías: “la alegría del Señor es mi fortaleza” (cf. *Ne* 8,10).

Por fin, en este Jueves sacerdotal, pido al Señor Jesús que resplandezca la alegría de los sacerdotes ancianos, sanos o enfermos. Es la alegría de la Cruz, que mana de la conciencia de tener un tesoro incorruptible en una vasija de barro que se va deshaciendo. Que sepan estar bien en cualquier lado, sintiendo en la fugacidad del tiempo el gusto de lo eterno (Guardini). Que sientan, Señor, la alegría de pasar la antorcha, la alegría de ver crecer a los hijos de los hijos y de saludar, sonriendo y mansamente, las promesas, en esa esperanza que no defrauda.



IX

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DE LA VIGILIA PASCUAL

(Basílica Vaticana, 19-4-2014)

El Evangelio de la resurrección de Jesucristo comienza con el ir de las mujeres hacia el sepulcro, temprano en la mañana del día después del sábado. Se dirigen a la tumba, para honrar el cuerpo del Señor, pero la encuentran abierta y vacía. Un ángel poderoso les dice: «Vosotras no tengáis miedo» (*Mt* 28,5), y les manda llevar la noticia a los discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea» (v. 7). Las mujeres se marcharon a toda prisa y, durante el camino, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (v. 10). «Non tengáis miedo», «no temáis»: es una voz que anima a abrir el corazón para recibir este mensaje».

Después de la muerte del Maestro, los discípulos se habían dispersado; su fe se deshizo, todo parecía que había terminado, derrumbadas las certezas, muertas las esperanzas. Pero entonces, aquel anuncio de las mujeres, aunque increíble, se presentó como un rayo de luz en la oscuridad. La noticia se difundió: Jesús ha resucitado, como había dicho... Y también el mandato de ir a *Galilea*; las mujeres lo habían oído por dos veces, primero del ángel, después de Jesús mismo: «Que vayan a Galilea; allí me verán». «No temáis» y «vayan a Galilea»

Galilea es *el lugar de la primera llamada, donde todo empezó*. Volver allí, volver al lugar de la primera llamada. Jesús pasó por la orilla del lago, mientras los pescadores estaban arreglando las redes. Los llamó, y ellos lo dejaron todo y lo siguieron (cf. *Mt* 4,18-22).

Volver a Galilea quiere decir *releer* todo a partir de la cruz y de la victoria; sin miedo, «no temáis». Releer todo: la predicación, los milagros, la nueva comunidad, los entusiasmos y las defecciones, hasta la traición; releer todo a partir del final, que es un nuevo comienzo, *de este acto supremo de amor*.

También *para cada uno de nosotros hay una «Galilea»* en el comienzo del camino con Jesús. «Ir a Galilea» tiene un significado bonito, significa para nosotros redescubrir nuestro bautismo como fuente viva, sacar energías nuevas de la raíz de nuestra fe y de nuestra experiencia cristiana. Volver a Galilea significa sobre todo volver allí, a ese punto incandescente en que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino. Con esta chispa

puedo encender el fuego para el hoy, para cada día, y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas. Con esta chispa se enciende una alegría humilde, una alegría que no ofende el dolor y la desesperación, una alegría buena y serena.

En la vida del cristiano, después del bautismo, hay también, otra «Galilea», una «Galilea» más existencial: la experiencia del *encuentro personal con Jesucristo*, que me ha llamado a seguirlo y participar en su misión. En este sentido, volver a Galilea significa custodiar en el corazón la memoria viva de esta llamada, cuando Jesús pasó por mi camino, me miró con misericordia, me pidió de seguirlo; volver a Galilea significa recuperar la memoria de aquel momento en el que sus ojos se cruzaron con los míos, el momento en que me hizo sentir que me amaba.

Hoy, en esta noche, cada uno de nosotros puede preguntarse: *¿Cuál es mi Galilea?* Se trata de hacer memoria, regresar con el recuerdo. *¿Dónde está mi Galilea?* ¿La recuerdo? ¿La he olvidado? Búscala y la encontrarás. Allí te espera el Señor. He andado por caminos y senderos que me la han hecho olvidar. Señor, ayúdame: dime cuál es mi Galilea; sabes, yo quiero volver allí para encontrarte y dejarme abrazar por tu misericordia. No tengáis miedo, no temáis, volved a Galilea.

El evangelio es claro: es necesario volver allí, para ver a Jesús resucitado, y convertirse en testigos de su resurrección. No es un volver atrás, no es una nostalgia. Es volver al primer amor, para *recibir el fuego* que Jesús ha encendido en el mundo, y llevarlo a todos, a todos los extremos de la tierra. Volver a Galilea sin miedo.

«Galilea de los gentiles» (Mt 4,15; Is 8,23): horizonte del Resucitado, horizonte de la Iglesia; deseo intenso de encuentro... ¡Pongámonos en camino!



X

MENSAJE URBI ET ORBI – PASCUA 2014

(20-4-2014)

El anuncio del ángel a las mujeres resuena en la Iglesia esparcida por todo el mundo: « Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí. Ha resucitado... Venid a ver el sitio donde lo pusieron» (Mt 28,5-6).

Esta es la culminación del Evangelio, es la Buena Noticia por excelencia: Jesús, el crucificado, ha resucitado. Este acontecimiento es la base de nuestra fe y de nuestra esperanza: si Cristo no hubiera resucitado, el cristianismo perdería su valor; toda la misión de la Iglesia se quedaría sin brío, pues desde aquí ha comenzado y desde aquí reemprende siempre de nuevo. El mensaje que los cristianos llevan al mundo es este: Jesús, el Amor encarnado, murió en la cruz por nuestros pecados, pero Dios Padre lo resucitó y lo ha constituido Señor de la vida y de la muerte. En Jesús, el Amor ha vencido al odio, la misericordia al pecado, el bien al mal, la verdad a la mentira, la vida a la muerte.

Por esto decimos a todos: «*Venid y veréis*». En toda situación humana, marcada por la fragilidad, el pecado y la muerte, la Buena Nueva no es sólo una palabra, sino un *testimonio de amor gratuito y fiel*: es un salir de sí mismo para ir al encuentro del otro, estar al lado de los heridos por la vida, compartir con quien carece de lo necesario, permanecer junto al enfermo, al anciano, al excluido... «*Venid y veréis*»: El amor es más fuerte, el amor da vida, el amor hace florecer la esperanza en el desierto.

Con esta gozosa certeza, nos dirigimos hoy a ti, Señor resucitado.

Ayúdanos a buscarte para que todos podamos encontrarte, saber que tenemos un Padre y no nos sentimos huérfanos; que podemos amarte y adorarte.

Ayúdanos a derrotar el flagelo del hambre, agravada por los conflictos y los inmensos derroches de los que a menudo somos cómplices.

Haznos disponibles para proteger a los indefensos, especialmente a los niños, a las mujeres y a los ancianos, a veces sometidos a la explotación y al abandono.

Haz que podamos curar a los hermanos afectados por la epidemia de Ébola en Guinea Conakry, Sierra Leona y Liberia, y a aquellos que pa-

decen tantas otras enfermedades, que también se difunden a causa de la incuria y de la extrema pobreza.

Consuela a todos los que hoy no pueden celebrar la Pascua con sus seres queridos, por haber sido injustamente arrancados de su afecto, como tantas personas, sacerdotes y laicos, secuestradas en diferentes partes del mundo.

Conforta a quienes han dejado su propia tierra para emigrar a lugares donde poder esperar en un futuro mejor, vivir su vida con dignidad y, muchas veces, profesar libremente su fe.

Te rogamos, Jesús glorioso, que cesen todas las guerras, toda hostilidad pequeña o grande, antigua o reciente.

Te pedimos por Siria: la amada Siria, que cuantos sufren las consecuencias del conflicto puedan recibir la ayuda humanitaria necesaria; que las partes en causa dejen de usar la fuerza para sembrar muerte, sobre todo entre la población inermes, y tengan la audacia de negociar la paz, tan anhelada desde hace tanto tiempo.

Jesús glorioso, te rogamos que consueles a las víctimas de la violencia fratricida en Irak y sostengas las esperanzas que suscitan la reanudación de las negociaciones entre israelíes y palestinos.

Te invocamos para que se ponga fin a los enfrentamientos en la República Centroafricana, se detengan los atroces ataques terroristas en algunas partes de Nigeria y la violencia en Sudán del Sur.

Y te pedimos por Venezuela, para que los ánimos se encaminen hacia la reconciliación y la concordia fraterna.

Que por tu resurrección, que este año celebramos junto con las iglesias que siguen el calendario juliano, te pedimos que ilumines e inspires iniciativas de paz en Ucrania, para que todas las partes implicadas, apoyadas por la Comunidad internacional, lleven a cabo todo esfuerzo para impedir la violencia y construir, con un espíritu de unidad y diálogo, el futuro del País. Que como hermanos puedan hoy cantar *Xphctoc Bockpec*.

Te rogamos, Señor, por todos los pueblos de la Tierra: Tú, que has vencido a la muerte, concédenos tu vida, danos tu paz. Queridos hermanos y hermanas, feliz Pascua.



XI

AUDIENCIA GENERAL

(23-4-2014)

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?”

Esta semana es la semana de la alegría: celebramos la Resurrección de Jesús. Es una alegría auténtica, profunda, basada en la certeza que Cristo resucitado ya no muere más, sino que está vivo y operante en la Iglesia y en el mundo. Tal certeza habita en el corazón de los creyentes desde esa mañana de Pascua, cuando las mujeres fueron al sepulcro de Jesús y los ángeles les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5). «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». Estas palabras son como una piedra miliar en la historia; pero también una «piedra de tropiezo», si no nos abrimos a la Buena Noticia, si pensamos que da menos fastidio un Jesús muerto que un Jesús vivo. En cambio, cuántas veces, en nuestro camino cotidiano, necesitamos que nos digan: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». Cuántas veces buscamos la vida entre las cosas muertas, entre las cosas que no pueden dar vida, entre las cosas que hoy están y mañana ya no estarán, las cosas que pasan... «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?».

Lo necesitamos cuando nos encerramos en cualquier forma de egoísmo o de auto-complacencia; cuando nos dejamos seducir por los poderes terrenos y por las cosas de este mundo, olvidando a Dios y al prójimo; cuando ponemos nuestras esperanzas en vanidades mundanas, en el dinero, en el éxito. Entonces la Palabra de Dios nos dice: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». ¿Por qué lo estás buscando allí? Eso no te puede dar vida. Sí, tal vez te dará una alegría de un minuto, de un día, de una semana, de un mes... ¿y luego? «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». Esta frase debe entrar en el corazón y debemos repetirla. ¿La repetimos juntos tres veces? ¿Hacemos el esfuerzo? Todos: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» [repite con los fieles]. Hoy, cuando volvamos a casa, digámosla desde el corazón, en silencio, y hagámonos esta pregunta: ¿por qué yo en la vida busco entre los muertos a aquél que vive? Nos hará bien.

No es fácil estar abiertos a Jesús. No se da por descontado aceptar la vida del Resucitado y su presencia en medio de nosotros. El Evangelio nos hace ver diversas reacciones: la del apóstol Tomás, la de María Magdalena

y la de los dos discípulos de Emaús: nos hace bien confrontarnos con ellos. Tomás pone una condición a la fe, pide tocar la evidencia, las llagas; María Magdalena llora, lo ve pero no lo reconoce, se da cuenta de que es Jesús sólo cuando Él la llama por su nombre; los discípulos de Emaús, deprimidos y con sentimientos de fracaso, llegan al encuentro con Jesús dejándose acompañar por ese misterioso caminante. Cada uno por caminos distintos. Buscaban entre los muertos al que vive y fue el Señor mismo quien corrigió la ruta. Y yo, ¿qué hago? ¿Qué ruta sigo para encontrar a Cristo vivo? Él estará siempre cerca de nosotros para corregir la ruta si nos equivocamos.

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5). Esta pregunta nos hace superar la tentación de mirar hacia atrás, a lo que pasó ayer, y nos impulsa hacia adelante, hacia el futuro. Jesús no está en el sepulcro, es el Resucitado. Él es el Viviente, Aquel que siempre renueva su cuerpo que es la Iglesia y le hace caminar atrayéndolo hacia Él. «Ayer» era la tumba de Jesús y la tumba de la Iglesia, el sepulcro de la verdad y de la justicia; «hoy» es la resurrección perenne hacia la que nos impulsa el Espíritu Santo, donándonos la plena libertad.

Hoy se dirige también a nosotros este interrogativo. Tú, ¿por qué buscas entre los muertos al que vive, tú que te cierras en ti mismo después de un fracaso y tú que no tienes ya la fuerza para rezar? ¿Por qué buscas entre los muertos al que está vivo, tú que te sientes solo, abandonado por los amigos o tal vez también por Dios? ¿Por qué buscas entre los muertos al que está vivo, tú que has perdido la esperanza y tú que te sientes encarcelado por tus pecados? ¿Por qué buscas entre los muertos al que está vivo, tú que aspiras a la belleza, a la perfección espiritual, a la justicia, a la paz?

Tenemos necesidad de escuchar y recordarnos recíprocamente la pregunta del ángel. Esta pregunta, «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?», nos ayuda a salir de nuestros espacios de tristeza y nos abre a los horizontes de la alegría y de la esperanza. Esa esperanza que mueve las piedras de los sepulcros y alienta a anunciar la Buena Noticia, capaz de generar vida nueva para los demás. Repitamos esta frase del ángel para tenerla en el corazón y en la memoria y luego cada uno responda en silencio: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». ¡Repitémosla! [repítele con la multitud]. Mirad hermanos y hermanas, Él está vivo, está con nosotros. No vayamos a los numerosos sepulcros que hoy te prometen algo, belleza, y luego no te dan nada. ¡Él está vivo! ¡No busquemos entre los muertos al que vive! Gracias.



XII

HOMILÍA EN LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA CANONIZACIÓN DE SAN JOSÉ DE ANCHIETA, SACERDOTE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Iglesia de San Ignacio de Loyola, 24-4-2014)

En el Evangelio que acabamos de escuchar los discípulos no alcanzan a creer la alegría que tienen, porque no pueden creer a causa de esa alegría. Así dice el Evangelio. Miremos la escena: Jesús ha resucitado, los discípulos de Emaús han narrado su experiencia, Pedro también cuenta que lo vio, luego el mismo Señor se aparece en la sala y les dice: “Paz a ustedes”. Varios sentimientos irrumpen en el corazón de los discípulos: miedo, sorpresa, duda y, por fin, alegría. Una alegría tan grande que por ésta alegría “no alcanzaban a creer”. Estaban atónitos, pasmados, y Jesús, casi esbozando una sonrisa, les pide algo de comer y comienza a explicarles, despacio, la Escritura, abriendo su entendimiento para que puedan comprenderla. Es el momento del estupor, del encuentro con Jesucristo, donde tanta alegría nos parece mentira; más aún, asumir el gozo y la alegría en ese momento nos resulta arriesgado y sentimos la tentación de refugiarnos en el escepticismo, “no es para tanto”. Es más fácil creer en un fantasma que en Cristo vivo. Es más fácil ir a un nigromante que te adivine el futuro, que te tire las cartas, que fiarse de la esperanza de un Cristo triunfante, de un Cristo que venció la muerte. Es más fácil una idea, una imaginación, que la docilidad a ese Señor que surge de la muerte y ¡vaya a saber a qué cosas te invita! Ese proceso de relativizar tanto la fe que nos termina alejando del encuentro, alejandose la caricia de Dios. Es como si “destiláramos” la realidad del encuentro con Jesucristo en el alambique del miedo, en el alambique de la excesiva seguridad, del querer controlar nosotros mismos el encuentro. Los discípulos le tenían miedo a la alegría... Y nosotros también.

La lectura de los Hechos de los apóstoles nos habla de un paralítico. Escuchamos solamente la segunda parte de esa historia, pero todos conocemos la transformación de este hombre, lisiado de nacimiento, postrado a la puerta del Templo para pedir limosna, sin atravesar nunca su umbral, y cómo sus ojos se clavaron en los apóstoles, esperando que le diesen algo. Pedro y Juan no le podían dar nada de lo que él buscaba: ni oro, ni plata. Y él, que se había quedado siempre a la puerta, ahora entra por su pie, dando brincos, y alabando a Dios, celebrando sus maravillas. Y su alegría es contagiosa. Eso es lo que nos dice hoy la Escritura: la gente se llenaba de estupor, y asombrada acudía corriendo, para ver esa maravilla. En medio

de ese barullo, de esa admiración, Pedro anuncia el mensaje. Es que la alegría del encuentro con Jesucristo, ésa que nos da tanto miedo de asumir, es contagiosa y grita el anuncio; y ahí crece la Iglesia, el paralítico, cree. “La Iglesia no crece por proselitismo, crece por atracción”; la atracción testimonial de este gozo que anuncia a Jesucristo, ese testimonio que nace de la alegría asumida y luego transformada en anuncio. Es la alegría fundante. Sin este gozo, sin esta alegría, no se puede fundar una Iglesia, no se puede fundar una comunidad cristiana. Es una alegría apostólica, que se irradia, que se expande. Me pregunto: Como Pedro, ¿soy capaz de sentarme junto al hermano y explicar despacio el don de la Palabra que he recibido, y contagiarle mi alegría? ¿Soy capaz de convocar a mi alrededor el entusiasmo de quienes descubren en nosotros el milagro de una vida nueva, que no se puede controlar, a la cual debemos docilidad porque nos atrae, no lleva, esa vida nueva nacida del encuentro con Cristo?

También san José de Anchieta supo comunicar lo que él había experimentado con el Señor, lo que había visto y oído de Él. Lo que el Señor le comunicó en sus ejercicios. Él, junto a Nóbrega, es el primer jesuita que Ignacio envía a América. Chico de 19 años. Era tal la alegría que tenía, tal el gozo que fundó una nación. Puso los fundamentos culturales de una nación en Jesucristo. No había estudiado teología. No había estudiado filosofía. Era un chico. Pero había sentido la mirada de Jesucristo y se dejó alegrar, y optó por la luz. Ésa fue y es su santidad. No le tuvo miedo a la alegría.

San José de Anchieta tiene un hermoso himno a la Virgen María, a quien, inspirándose en el cántico de Isaías 52, compara con el mensajero que proclama la paz, que anuncia el gozo de la Buena Noticia. Que Ella, que en esa madrugada del domingo, insomne por la esperanza, no le tuvo miedo a la alegría, nos acompañe en nuestro peregrinar, invitando a todos a levantarse, a renunciar a la parálisis, para entrar juntos en la paz y la alegría que Jesús, el Señor Resucitado, nos promete.



XIII

HOMILÍA EN LA SANTA MISA Y CANONIZACIÓN DE LOS BEATOS JUAN XXIII Y JUAN PABLO II

(Plaza de San Pedro, 27-4-2014)

En el centro de este domingo, con el que se termina la octava de pascua, y que san Juan Pablo II quiso dedicar a la Divina Misericordia, están *las llagas gloriosas de Cristo resucitado*.

Él ya las enseñó la primera vez que se apareció a los apóstoles la misma tarde del primer día de la semana, el día de la resurrección. Pero *Tomás* aquella tarde, como hemos escuchado, no estaba; y, cuando los demás le dijeron que habían visto al Señor, respondió que, mientras no viera y tocara aquellas llagas, no lo creería. Ocho días después, Jesús se apareció de nuevo en el cenáculo, en medio de los discípulos: Tomás también estaba; se dirigió a él y lo invitó a tocar sus llagas. Y entonces, aquel hombre sincero, aquel hombre acostumbrado a comprobar personalmente las cosas, se arrodilló delante de Jesús y dijo: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28).

Las llagas de Jesús son un *escándalo para la fe*, pero son también la *comprobación de la fe*. Por eso, en el cuerpo de Cristo resucitado las llagas no desaparecen, permanecen, porque aquellas llagas son el signo permanente del amor de Dios por nosotros, y son *indispensables para creer en Dios*. No para creer que Dios existe, sino para creer *que Dios es amor, misericordia, fidelidad*. San Pedro, citando a Isaías, escribe a los cristianos: «Sus heridas nos han curado» (1 P 2,24; cf. Is 53,5).

San Juan XXIII y san Juan Pablo II *tuvieron el valor de mirar las heridas de Jesús, de tocar sus manos llagadas y su costado traspasado*. No se avergonzaron de la carne de Cristo, no se escandalizaron de él, de su cruz; no se avergonzaron de la carne del hermano (cf. Is 58,7), porque en cada persona que sufría veían a Jesús. Fueron dos hombres valerosos, llenos de la *parresia* del Espíritu Santo, y dieron testimonio ante la Iglesia y el mundo de la bondad de Dios, de su misericordia.

Fueron sacerdotes y obispos y papas del siglo XX. Conocieron sus tragedias, pero no se abrumaron. En ellos, Dios fue más fuerte; fue más fuerte la fe en Jesucristo Redentor del hombre y Señor de la historia; en ellos fue más fuerte la misericordia de Dios que se manifiesta en estas cinco llagas; más fuerte, la cercanía materna de María.

En estos dos hombres contemplativos de las llagas de Cristo y testigos de su misericordia había «*una esperanza viva*», junto a un «*gozo inefable y radiante*» (1 P 1,3.8). La esperanza y el gozo que Cristo resucitado da a sus discípulos, y de los que nada ni nadie les podrá privar. La *esperanza y el gozo pascual*, purificados en el crisol de la humillación, del vaciamiento, de la cercanía a los pecadores hasta el extremo, hasta la náusea a causa de la amargura de aquel cáliz. Ésta es la esperanza y el gozo que los dos papas santos recibieron como un don del Señor resucitado, y que a su vez dieron abundantemente al Pueblo de Dios, recibiendo de él un reconocimiento eterno.

Esta esperanza y esta alegría se respiraba en *la primera comunidad de los creyentes*, en Jerusalén, de la que hablan los Hechos de los Apóstoles (cf. 2,42-47), como hemos escuchado en la segunda Lectura. Es una comunidad en la que *se vive la esencia del Evangelio*, esto es, el amor, la misericordia, con simplicidad y fraternidad.

Y ésta es la imagen de la Iglesia que el Concilio Vaticano II tuvo ante sí. Juan XXIII y Juan Pablo II colaboraron con el Espíritu Santo para *restaurar y actualizar la Iglesia según su fisionomía originaria*, la fisionomía que le dieron los santos a lo largo de los siglos. No olvidemos que son precisamente los santos quienes llevan adelante y hacen crecer la Iglesia. En la convocatoria del Concilio, san Juan XXIII demostró una delicada *docilidad al Espíritu Santo*, se dejó conducir y fue para la Iglesia un pastor, un guía-guiado, guiado por el Espíritu. Éste fue su gran servicio a la Iglesia; por eso me gusta pensar en él como *el Papa de la docilidad al Espíritu santo*.

En este servicio al Pueblo de Dios, san Juan Pablo II fue *el Papa de la familia*. Él mismo, una vez, dijo que así le habría gustado ser recordado, como el Papa de la familia. Me gusta subrayarlo ahora que estamos viviendo *un camino sinodal sobre la familia y con las familias*, un camino que él, desde el Cielo, ciertamente acompaña y sostiene.

Que estos dos nuevos santos pastores del Pueblo de Dios intercedan por la Iglesia, para que, durante estos dos años de camino sinodal, sea dócil al Espíritu Santo en el servicio pastoral a la familia. Que ambos nos enseñen a no escandalizarnos de las llagas de Cristo, a adentrarnos en el misterio de la misericordia divina que siempre espera, siempre perdona, porque siempre ama.



ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Homilías

Domingo de Ramos	363
Misa Crismal	365
Jueves Santo	367
Viernes Santo	370
Vigilia Pascual	372
Domingo de Resurrección	374
Centenario de San Benito Menni	376

Mensajes

Una plaga especialmente dolorosa	379
La Semana Santa en Burgos	381
Resucitar ¿utopía o realidad?	382
En torno a “Las Edades del Hombre” en Aranda ..	384

Agenda del Sr. Arzobispo

Agenda del mes de abril	386
-------------------------------	-----

CURIA DIOCESANA

Secretaría General

Jubilación por edad	389
En la Paz del Señor: Rvdo. D. José Alonso de Linaje González y Rvdo. D. Joaquín Letona Gordejuela ..	389

SECCION PASTORAL E INFORMACION

Consejo Pastoral Diocesano

Crónica de la sesión extraordinaria	391
---	-----

Colegio de Arciprestes

Crónica del Colegio de Arciprestes	397
--	-----

Delegación de infancia y juventud

Burgos participa en el primer encuentro nacional de equipos de pastoral juvenil	399
Jóvenes en oración con el papa bueno y el papa grande	400

Pregón de la Semana Santa

Pregón de Semana Santa a cargo del Ilmo. Sr. D. Luis Abril Pérez	402
--	-----

Copia del Santo Cristo de Burgos

Bendición de la imagen	412
Descendimiento en el Viernes Santo	413

Las Edades del Hombre

Desde Aranda de Duero... hasta Puyo	416
Proyecto de Mons. Rafael Cob García	417
Datos de Parroquias y Comunidades Religiosas de Aranda	419

Noticias de interés

Noticias de interés diocesano	423
-------------------------------------	-----

COMUNICADOS ECLESIALES

Conferencia Episcopal

Mons. Blázquez encabeza la peregrinación a Roma para la canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II .	426
--	-----

Santo Padre

Discurso a los participantes en el curso organizado por la Penitenciaría Apostólica	427
Homilía en la celebración de la Penitencia	429
Entrevista al Papa por jóvenes belgas	431
Audiencia General (2-4-2014)	437
Audiencia General (9-4-2014)	439
Homilía en el Domingo de Ramos	441
Discurso a la Comunidad del Colegio Leoniano de Anagni	443
Homilía en la Misa Crismal	446
Homilía en la Vigilia Pascual	450
Mensaje Pascual Urbi et Orbi	452

	<u>Páginas</u>
Audiencia General (23-4-2014)	454
Homilía en la Misa de acción de gracias por la canonización de San José de Anchieta	456
Homilía en la Canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II	458

